

lo que escribió

Muchos dicen que Juan Romeu fue un loco que terminó su vida creyendo que su corazón había sido encerrado entre paredes de cal. En realidad Juan Romeu fue encerrado en un manicomio el 4 de abril de 1999. Esto fue lo que escribió en las paredes de cal de su habitación antes de morir.

Las sirenas, adornadas con estrellas de mar, le miraban desde el piélago y se reían. ¿Por qué se reirían? Quisieron cantar pero los ángeles bajaron a acariciarles con algodón los labios para que las notas resbalaran por ellos sin sonar. Por eso, tal vez, reían: porque creían en los ángeles.

El niño desde su refugio pudo verlas y entonces comprendió que las estrellas no sueñan porque no duermen. Comprendió que el sol también era una estrella y que de día las gaviotas rompían su reflejo y que de noche se iba en busca de otros niños sentados en un acantilado como él. Comprendió que las estrellas sólo se apagan cuando mueren y que brillan siempre aunque su corazón esté triste.

Quiso tirarse y nadar junto a las sirenas, pero se dio la vuelta y se sumergió en una camino que las sirenas desde el piélago no alcanzaban a ver.

El sol, poco a poco, fue inundando a las sirenas hasta que desapareció por completo.

Las sirenas se fueron a dormir en los corales y soñaron con el niño.

Cuando el ángel no quiso entrar en mi cuarto, no pensé que fuera por mi aspecto físico. Yo pensaba que los ángeles no valoraban esas cosas.

Yo pensaba que los ángeles podían atravesar las paredes y no es así. Por eso el ángel jamás pudo haber entrado en mi cuarto, ni en mi alma.

Yo pensaba que a los ángeles no les daban miedo los monstruos. De pequeño, cuando los monstruos entraban en mi cuarto yo rezaba a mi ángel de la guarda para que me protegiera.

Y hoy, que hasta los ángeles me han dejado solo, me siento peor que cuando me convertí en un monstruo.

Cuando la garnea canta los demás pájaros se callan y no entienden. Los pájaros entre sí no pueden hablar si no son de la misma especie. De todas formas ningún pájaro quería hablar con

**la garnea aunque supiera su idioma porque la garnea es muy rara:
¡siempre tiene los ojos cerrados!**

Era tan guapa... Cualquiera habría hecho lo que yo hice. ¿Quién podría permitir que una belleza tan sublime se viera deteriorada por un cuerpo tan horrible? Yo sólo quise darle a la hermosura un lugar digno. Por eso la llevé a mi estantería, con todos mis trofeos, con los libros más caros, con las fotos de las personas a las que más amé.

Lo sé. Fue una locura, no pensé bien lo que hacía. Pero era una belleza tan cegadora que no era consciente de mis actos. Nadie que la hubiera visto le habría permitido seguir viviendo sobre aquellos hombros. Yo la prefería muerta, pero en su sitio.

Ahora, la creo recordar tan bella como entonces, pero se me clava en el alma la imagen repugnante de la corrupción del tiempo. Yo la intenté cuidar, la limpiaba, le echaba productos especiales para conservarla intacta. No era lo mismo. Las rosas pierden su aroma si las alejamos de sus espinas. Su belleza se perdió en lo horrible de su cuerpo.

El día que tiré la cabeza a la basura lloré mucho. A ella ya no la echaba de menos. ¡Cómo echar de menos a quien tú mismo has dado muerte! Eché de menos la esencia de la belleza. Eché de menos lo sublime. La idea de que la belleza no es eterna estrujó mi corazón hasta que me dejó sin lágrimas.

Pablo abrió la puerta decidido a encontrar al chico aquel que había sido capaz de descubrir que era pez lo que había que teclear. Pero aquel chico ya había pasado a la siguiente habitación, o quizás tras la puerta había encontrado otra habitación diferente a la que Pablo se acababa de encontrar.

Lo que vio Pablo nada más entrar en la habitación fue el típico espejo de cuento. Había más cosas alrededor pero él fue directo al espejo porque había leído ya muchas historias y sabía que algo habría tras el espejo o podría atravesarlo y aparecer en otra habitación.

Su sorpresa fue enorme cuando se acercó y no pasó nada. Sólo se veía él, allí, sumergido en una habitación. Quién le iba a decir mientras leía un libro de aventuras tranquilamente en su cuarto que momentos después se iba a encontrar en una habitación lejana frente a un espejo. La verdad es que estaba un tanto cambiado de la última vez que recordaba haberse visto en el espejo de su cuarto de baño. Quizás este espejo fuera distinto o la luz, o quizás es que estaba bastante despeinado. No lo sabía. Igual había pasado mucho tiempo y no se había dado cuenta. Se estuvo fijando un rato y la verdad es que no estaba distinto, simplemente se encontraba raro. Tan ensimismado estuvo mirándose al espejo que no se dio cuenta de que Tóler había entrado, así que cuando Tóler le tocó el hombro se pegó un susto de muerte:

—¡¡¡Ahhhhhhh!!!, ¡¿qué haces aquí?!

—Quería hablar contigo, porque he leído que te preguntabas cosas.

—¿Cómo? ¿Que has leído qué?

—Te preguntabas —siguió paciente Tóler— si habías cambiado o es que había pasado mucho tiempo. Verás aquí pasa el tiempo según lo entiendes tú, es decir, entendiéndolo como el mar de segundos en el que te mueves mientras vas de una habitación a otra. Pero el tiempo que de verdad pasa, el tiempo que nos hace cambiar no pasa aquí. ¿Lo entiendes?

—Sí, pero entonces, ¿por qué estoy tan raro en el espejo?

—Porque nunca habías estado más de un minuto mirándote fijamente al espejo. ¡Qué tontería!, ¿verdad? Resulta que te miras todas las mañanas antes de ir al colegio y no sabes cómo eres realmente. Hay gente que se asusta al descubrir cómo es en verdad. En este caso he sido yo quien te ha asustado —Tóler empezó a reírse por lo que había dicho. Cuando terminó, ante la mirada atónita de Pablo, continuó:

—El problema, Pablo, es que en verdad te ves al revés en el espejo, no como te ven los demás.

—¡Ya lo sabía! —respondió Pablo indignado—.

—Ya sé que lo sabías pero te lo recordaba para que estuvieras atento.

—Atento ¿a qué?

—Atento al resto de espejos que encontrarás a lo largo de las habitaciones.

Y, diciendo esto, Tóler se fue evaporando hasta que desapareció. Pablo se miró al espejo y ahora sí que se quedó atónito: ¡Estaba llorando!

He vuelto a oír el sonido de algo rascando en la pared y he sentido como si me rascaran el alma. He vuelto a soñar sin dormir, como de pequeño. He vuelto a desear algo más que salir de aquí. Y es terrible que sea algo sin imagen lo que me dé esperanza. Es terrible haber llegado al punto de que aquí, sentado como siempre en mi banqueta de tres patas, lo único que alegre mi sonrisa sea un sonido que suena intermitente, a ratos, y que ni siquiera sé ya si se acerca o se aleja.

Pasó otra vez por la ventana a la misma hora. Le dije que quería que sus piernas se derramaran en pétalos blancos entre las mías. Me pidió mi alma para estar segura y yo le dije que tenía algo mejor. Saqué la pluma del ángel del fondo de mi alma. Mi aliento de vida. La imagen de que la soledad es terrible pero no mata. Y ella la tiró al suelo de un manotazo, desangrando mi esperanza y me dijo: “¡No quiero tu vida, te quiero a ti!”. No se dio cuenta de que yo ya no valgo nada. Sólo valen mis recuerdos, mis paredes llenas de recuerdos, mi cuarto lleno de recuerdos, el recuerdo de mi vida en la pluma del ángel.

Se me acabó el espacio en las paredes y aún tenía ganas de escribir, aunque no pudiera leer. Pensé en el suelo, pero mis pisadas borrarían mis recuerdos. Entonces, cogí la banqueta, la moví del centro de la habitación y me subí a ella y escribí en el techo. Puse los pies en donde antes me había sentado solo para recordar. Pisé el pasado para escribir en el cielo de mi cuarto.

Andrea tiró el boli muy nerviosa y cogió los dos folios escritos apenas sin correcciones para enseñárselos a su madre.

Su madre, una mujer morena, de las que muestran en sus mejillas la ausencia de su marido, leyó casi sin atención aquellas palabras que su hija -lo único que le quedaba de su pasado- había escrito.

Era de noche, noche oscura como todas y Andrea había empezado su primera novela, mejor dicho, su primer libro en prosa, después de haber caído desengañada por la poesía.

—Hija, ¿por qué escribes cosas tan tristes? — dijo la madre como siempre hacía, intentando evitar que su hija la viera llorar.

—¿Y por qué voy a escribir cosas alegres? Yo sólo escribo cuando me siento triste, cuando no me queda otra cosa que refugiarme en mi cuarto y descargar la pena de mi corazón en un papel.

—Cuando creamos un personaje, volcamos nuestra personalidad en él y le contamos nuestras penas y él las vive por nosotros— su madre antes también escribía, hasta que sus personajes dejaron de saberle responder sus preguntas—. Dime, ¿dónde has conocido a tu personaje?

—Un día, me quedé sola, mamá, y me di cuenta de lo poco que importaba para el mundo. Supe que no era más que un chico solitario sentado en un acantilado hablando con el sol.

—Hija, tú sólo te quedarás sola cuando te pierdas a ti misma.

—Me quedaré sola cuando te pierda a ti, mamá.

—No, Andrea, no. Sólo cuando pierdas el recuerdo de tu pasado y no te conozcas a ti misma, cuando ya no te quede nada de tu infancia, de la gente que estuvo a tu lado, de las personas que te quisieron, sólo entonces estarás sola. Y aun así, podrás leer a los personajes de los libros que escribiste y los revivirás y volverán a sentir y te recordarán lo que algún día perdiste o alguien te robó.

Bañadas de las lágrimas de la luna, que miraba a través de la única ventana del pequeño chalet, madre e hija se abrazaron con fuerza y desearon quedarse así siempre, como si fueran una, como si nadie pudiera separarlas, ni siquiera quien un día se llevó a su padre.

Una luciérnaga rozó la ventana y se fue, como una estrella fugaz sin rumbo...

Cualquiera que tuviera en un cuarto, encerrado con banqueta, una soga, se ahoraría sin remedio. Yo jamás lo haría porque después de todo he aprendido que la vida merece la pena aunque se esté solo, siempre que queden paredes donde escribir, aunque sean éstas las que te encierran y te dejan solo. Y, si alguna vez alguien viniera y demoliera las paredes y después se fuera sin dejar rastro, yo lamentaría perder todas mis letras, todos los recuerdos que recogí en vuestra ausencia, pero ya no podría ahorcarme, ya no habría techo del que colgar la soga que se enroscara por mi cuello y, aunque lo hubiera, la amplitud de los cuatro horizontes que entonces sustituirían a las paredes superarían cualquier poesía que nadie en el mundo, ni siquiera yo, podría escribir.

Un día me preguntaba cómo habían salido de mi cuarto los hombres que me obligaron a entrar. Tendrá que haber alguna puerta escondida entre la cal. y la encontré. Di unos golpes y la abrí. Y rompí al abrirla por la mitad palabras. No importaba. Debía ir a buscar a alguien que leyera y demostrara que no estaba loco, que no estoy loco.

Salí y había pasillos largos llenos de bombillas. Me cegaron. Los recorrió a tientas y alcancé una puerta. Giré su picaporte y salí a un campo de flores rosas. La luz del sol que yo añoraba devolvió la vista a mis pupilas. Las flores extasiaban mis sentidos. Mi olfato, después de tanto volvió a oler el aroma de algo que no fuera cal. En mi emoción alguien me dijo: "Busca más allá de la belleza sensual de flores rosas." Si no hubiera pasado tanto tiempo desde que escuchara la última voz, seguramente no habría prestado atención a unas palabras que salían de la nada. Rebusqué entre las

flores y encontré un secreto. Me quedé perplejo y quise volver a mi cuarto lo antes posible. Pero ya estaba allí.

La garnea nunca se ha visto las plumas porque nunca se ha visto reflejada en ningún río. Por eso no sabe si le gustará a alguna otra garnea que la vea. Ni siquiera sabe si existirá alguna otra garnea. Por si acaso, a veces alza su canto hacia el viento.

¡Ladrones! No me dejaron traer aquí mis rimas y se me ha olvidado escribir poesía. ¡Ladrones! No me dejaron traer aquí mis versos y ahora sólo escribo con líneas. ¡Ladrones! ¿Dónde están ahora mis ritmos? ¿Quién los tiene? Dirán que los escribió otro. Un poeta verdadero que no estaba loco.

Una vez me regalaron una cajita y me dijeron que dentro había una estrella.

Al abrirla, yo esperaba encontrarme algo brillante, algo que se pareciera a una estrella, pues no esperaba encontrarme una estrella dentro. Sin embargo, sólo había una canica roída, oscura, sin valor.

Yo puse una cara muy rara. Esa que se pone cuando te regalan una sorpresa, sea la que sea, aunque te guste.

Leyendo en mis ojos, me dijeron que con esa canica yo había jugado de pequeño y había pasado muy buenos momentos. Leyendo en mis ojos, me dijeron que las estrellas sólo brillan cuando nosotros queremos que lo hagan, que por eso nadie ve en la noche el mismo número de estrellas.

Apreté la canica contra mi corazón y prometí no olvidarme nunca de nada ni de nadie.

La canica me dejó una marca profunda en el pecho y no desapareció hasta pasado un rato.

Pablo inició su largo camino rápido, intentando huir lo antes posible de aquel extraño diálogo con todos esos sentimientos. A pesar de que el viaje fue largo, no sintió hambre, no sintió sueño, no se acordó de la chica de la que estaba enamorado. Seguramente

Táladan, sin querer, le había ido robando los sentimientos. Otro habría pensado que se trataba de una nueva trampa del árbol de las escaleras, pero a Pablo no le quedaba ni siquiera la duda dentro de su corazón.

Cuando llegó a la casa negra estaba completamente vacío; apenas recordaba para qué había ido allí. Su nombre era ya una simple estrella en el cielo y su misión se había perdido esparcida en las aguas de un río. Sin embargo, algo, más allá de las estrellas, más allá de los sentimientos, le decía que tenía que entrar. Y así hizo.

Dentro de la casa no encontró más que vacío, un vacío tan grande como el de su corazón. Pero allí, acurrucada en un rincón, con la cara apretada contra sus brazos, había una pálida jovencita vestida de negro.

—¡Hola!—balbuceó Pablo.—¿Quién eres?

La jovencita reaccionó como quien se despierta de un profundo sueño. Miró a Pablo y Pablo vio unos ojos sin pupilas, sin iris, unos ojos blancos que no miraban a ninguna parte.

—¡Hola!—murmuró la jovencita con sus labios morados que parecían no haber pronunciado una palabra nunca.—¡Soy SOLEDAD!

—¡Oh!—se le escapó a Pablo—. ¿Tú eres SOLEDAD? Por eso huyes de la ciudad. Por eso huyes del corazón de Táladan. Por eso crees que no vales para nada.

—Yo sólo sirvo para el sufrimiento. Mi padre Táladan sufría por mi culpa. Tuvo que robar sentimientos porque yo no le agradaba. Necesitaba vivir, y la SOLEDAD no deja vivir.

—Pero tú no puedes sufrir. Tú no tienes la culpa de ser SOLEDAD. No puedes pasar tu vida aquí, alejada del resto, hundida en un sueño del que sólo otro te puede despertar.

—Es que si no, no sería SOLEDAD... Y debo serlo, aunque la SOLEDAD no sirva para nada.

—Pero la SOLEDAD sí sirve. Los árboles están solos. Esa es su esencia. Táladan confundió su vida con la de los demás y te repudió. Quiso ser quien no era, quien no podía ser. Ahora se ha dado cuenta y me ha mandado a buscarte...

—¿Es verdad eso que dices?—le cortó sobresaltada y poniéndose de pie SOLEDAD.

—Sí. Porque todos tenemos algo bueno. Tú eres necesaria para los poetas, para los enamorados... Tú eres el pedacito de tranquilidad de las ciudades. Pero nadie quiere una SOLEDAD triste. Todos quieren una SOLEDAD alegre, que confía en sí misma, que sabe que es necesaria para que el mundo tenga sentido: para que los hombres puedan pensar, para que los áboles puedan crecer, para que los paisajes estén ahí quietos y puedan ser observados eternamente, sin tiempo... Ahora debo llamar a Táladan.

—No, ¡espera! Déjame darte un beso antes de volver a quedarme sola para siempre.

SOLEDAD dio un beso en la mejilla a Pablo. En seguida Pablo gritó:

—¡Táladan, Táladan!

Y una voz gigante respondió:

—Aquí estoy Pablo, háblame. ¿Cuáles son mis sentimientos verdaderos?

—Tu verdadero sentimiento, árbol de las escaleras es la SOLEDAD. Asúmelo como árbol, Táladan, y sé feliz porque estás solo.

—¡Oh!—el lamento sonó como un trueno poderoso en aquella casa negra. La montaña parecía desplomarse —Ahora recuerdo por qué robé todos aquellos sentimientos. ¡No quiero estar solo, Pablo! ¡No quiero estar solo siendo atravesado cada día por tanta gente que recorre mis escaleras!

—Querido Táladan, la felicidad consiste en quererse uno mismo siendo como es, admitiendo los defectos.

—¡Ay!—se le escapó a Táladan, provocando nuevamente un temblor en la montaña—Abriré mi puerta de corazón para que todos los sentimientos salgan. Destruiré la ciudad que les construí

para mantenerles engañados. ¡Oh, SOLEDAD! Te quiero. Lo siento por haberte abandonado. ¡Ay...!

Y con este lamento la montaña pareció estallar. Pablo se desmayó y dejó de sentir por un momento. Todo era negro a su alrededor. Tanto como la casa de la SOLEDAD, pero él ya no estaba allí. Estaba ahora muy lejos, muy lejos de Táladan y su ciudad.

Hoy la he vuelto a ver a través de mi ventana. Su pelo ha llamado suavemente a los cristales y yo he abierto. “¿Has vuelto ya de donde el cielo empieza?” “¡Ya he vuelto!” “¿Y qué viste?” “Te vi a ti, rodeado de paredes, encerrado en la celda de otro, gritando contra el techo y abriendo grietas amargas de miseria. Y vi el mar, solo. Por eso he vuelto, para que beses con tus labios encerrados mis miedos de princesa y pueda comprender que la vida es algo más que estar con gente y ser tan bella. ¡Bésame tú que estás loco! Tú que eres el que no tiene sombra, pero deja huella allí por donde pasa.” Y la he besado con mis labios de espejos ya caducos. Y hoy, aunque estoy tan solo como siempre, tan solo como antes de que me encerraran, he sonreído al mirarme en el espejo verdadero que cuelga en la pared, justo enfrente de la banqueta de tres patas que ocupas ahora tú.

Estaba escondido para que no me encontrara el topo, pero esta vez me ha oido. Le he preguntado que qué había al otro lado de su agujero y me ha respondido que no sabía pero que olía muy mal. Entonces le he pedido que me trajera algo de allí. Ha aceptado sin dudar y al rato ha aparecido con algo muy raro en la boca. Lo he cogido y era una pluma de ángel. “¿Estás seguro de que huele mal? ¡Al otro lado de tu agujero hay un ángel!” “No sé lo que será. Sólo sé que es algo que ha venido para llevarme al cielo”. Entonces he comprendido que el topo no vino a mi cuarto por mí. ¡Me engañó tal y como yo le iba a engañar a él! Vino huyendo de la muerte. Lo que no entiendo aún es cómo le robó la pluma al

ángel sin que se lo llevara al cielo, ni por qué el ángel, que puede atravesar paredes no ha entrado en mi cuarto para llevárselo. Como el topo ya no ha vuelto a aparecer, he supuesto que finalmente ha muerto y he guardado la pluma del ángel en lo más profundo de mi alma como el recuerdo de que, aunque ni un ángel se atreva a entrar en mi cuarto, un simple topo me ha recordado que estoy vivo.

La garnea es un ave que tiene los ojos cerrados todo el día. ¿Por qué los tendrá cerrados? Será que no quiere ver el mundo.

No, no fue eso lo que debí aprender de mi primer amor. Puede que el amor termine, es lógico, pero el tiempo vivido debe ser recordado con la ilusión que ya no queda.

No, no debí aprender a preocuparme sólo de mí mismo, a no darlo todo por miedo a no recibirlo a cambio. No debí descubrir que en una pareja siempre hay uno que ama más que el otro. Me equivoqué pensando que todas las chicas eran la misma, que los errores del pasado se tienen que repetir en el futuro. Me equivoqué al pensar que jamás podría volver a amar como la amé a ella.

No, no debí aprender que a veces el tiempo pasa muy despacio. No debí intentar llenar mis sentimientos con tonterías, distraerme para no enfrentarme a ellos. No debí llenarme de maldad, cargarme de experiencia y ya sólo volver a amar artificialmente siguiendo las reglas del pasado, protegiendo a mi corazón de antiguos peligros, de antiguas heridas que hoy ya deberían haberse cerrado.

No, no fue eso lo que debí aprender de mi primer amor. Debí aprender que se puede amar sin que te amen, que no hay nada tan bonito como dar amor sin esperar nada a cambio, que el amor es la máxima expresión de sentimientos y que merece la pena estar enamorado. Debí aprender a ver en mis poesías reflejado mi corazón y haberme sentido satisfecho de alcanzar la cima de la felicidad.

Pero lloré y aprendí otras cosas. Y hoy no me queda amor, ni chicas, ni poesías. Hoy me lamento de haber aprendido a amar sólo por las apariencias. Hoy me lamento de haberle dicho a tantas chicas que las quería, sabiendo que para mí eso ya era imposible. Y hoy, que no me queda amor, convertido en ese monstruo que se alimenta de corazones rotos, me hundo sabiendo que después de tanta estupidez, me he vuelto a acordar de cómo se amaba, de cómo hice para amar a mi primer amor, del cual, después de todo y a pesar de todo, aprendí al menos que el amor, sea terrible o bueno, existe.

Sólo los científicos saben cuántos años tiene el sol –el niño lo había leído en algunos libros viejos de su padre–; pero ninguno sabía cuándo era su cumpleaños. El niño un día se lo preguntó.

Al hacerlo, el sol miró al infinito con sus ojos de fuego. Pensaba y recorría con la mente sus más antiguos recuerdos. Llegó a creer que nunca lo había sabido, que nadie le había regalado nunca nada. Pero, entonces, se acordó que un día un hombre con barba que no le quiso decir de dónde venía, le trajo la tierra y la luna para que él las alumbrara y no se sintiera solo.

Al recordarlo el sol lloró con más fuerza y el niño supo que aquél era el día de su cumpleaños.

Quiero llenarlo todo de palabras. Cubrir la cal entera. Que el blanco sólo sirva para separar unas de otras y para socavar las letras. Quiero que no quede nada de lo que fueron las paredes de mi condena, que se llenen de tinta de libertad y siempre huelan a ese aroma de imaginación y de vida eterna.

Y ahora ya que estoy terminando, debo decir que desde que me encerraron no he salido de este cuarto de cuatro paredes antes vacías, blancas, ahora llenas de garabatos. Ya lo advertí, la literatura es una mentira. No hay nada más allá de esas paredes, más allá de esas letras que ahora las cubren. Nada de lo que se ha leído existe. Simplemente espero que haya merecido la pena haber

entrado en mi cuarto y haber leído estas palabras, aunque ni mi cuarto... ni yo mismo existamos.

Mis días no tienen rayos de sol como los vuestros. Mis noches no son oscuras. Mi cuarto siempre está encendido y no sé de dónde viene la luz, ni siquiera por qué hay luz. Algunas veces preferiría no ver nada, no saber que estoy tan solo, encerrado entre paredes. Mirar la oscuridad e imaginarme horizontes más allá de ellas.

Mis noches han perdido las estrellas que guiaban mi camino. Ellos no se lo creían. Por mucho que grité. No entendían que alguien encontrara en una estrella el amor verdadero, que buscara mariposas donde la felicidad se escondía y que imaginara luciérnagas volando por su cerebro. Y ahora ya no sé cuándo dormir, no sé cuándo bostezar, no sé cuándo rezar. De todas formas, ¿de qué me sirve bostezar si no puedo dormir? ¿De qué me sirve dormir si no me canso? ¿De qué me sirve rezar si estoy solo? Lo mismo que llorar.

Mi cuarto siempre está encendido y a veces quisiera apagarlo todo sin cerrar los ojos.

Muchos os preguntaréis al leer tantas verdades que de dónde saqué la tinta si estaba aquí encerrado. Pues un día, de un salto alcancé una trampilla del techo y fui a donde el cielo empieza a anochecer. Allí un hombre viejo me dio un boli. Me dijo: "Lléñalo con la tinta que nunca acaba". Y yo, aunque en ese momento no le comprendí, confié y volví a mi cuarto. Y con el tiempo comprendí que aquella tinta era la que mi corazón rociaba desde mi alma.

A veces, la garnea se cansa de volar y se detiene, jadeando, en la rama de cualquier árbol. Yo no sé cómo no se estrella aterrizando entre tanta rama. Y la verdad es que nunca ha sufrido ningún accidente la garnea.

Dicho esto el viejo volvió al cuarto de estar y Pablo recorrió todo el pasillo hasta llegar a una nueva puerta. La abrió sin problemas y entró.

Justo al asomarse a la nueva habitación pudo ver a un niño de su edad abriendo la puerta que estaba al fondo. Esta nueva habitación era cuadrada y tenía las paredes color azul clarito. Nada más que él y el recuerdo del niño que acababa de marcharse se encontraban dentro de aquellas paredes del cielo. El techo también era azul clarito y cuando Pablo miró hacia arriba no le habría extrañado ver un pájaro o un avión volando. Tan bonito era aquel techo que bien podría tratarse del cielo.

Después de las palabras del viejo ciego, Pablo se acercó decidido a la puerta por la que acababa de salir aquel niño. Seguramente era un niño como él, inteligente que tenía que recorrer también aquel laberinto de habitaciones.

Al llegar a la puerta, encontró un póster con la foto de un pez extraño y una pregunta: “¿Qué es esto?”. Debajo del póster había una especie de teclado con letras. Pablo supuso que debería escribir allí lo que era. Pero, ¿qué era? Pablo se acordaba del libro de peces que tenía su padre en el salón. Muchas veces, aburrido, lo había hojeado cuando en la televisión no ponían más que partidos de fútbol o programas del corazón. Sí, ese pez... ¿Cuál era? ¡Un jurel! Pablo se apresuró en marcarlo. Estaba seguro que aquello era un jurel. Se acordaba incluso de la página en la que aparecía. Así que marcó las letras.

Cuál fue su sorpresa cuando el teclado pronunció: “¡Error!” y se despertó un horrible huracán que se llevó volando la pintura azul clarito de las paredes. Pablo no sabía donde agarrarse para no salir volando. ¡Menudo huracán! Daba vueltas y vueltas. Pablo gritó:

—¡Por favor, ayuda!

El huracán cesó instantáneamente y en ese momento apareció el viejo ciego:

—¿Qué te ha pasado, Pablo?

—¡No lo sé! Yo creía que eso era un jurel. Pero parece que no lo es.

–¡Sí lo es! –rectificó el viejo–. Pero que eso sea un jurel no quiere decir que tengas que poner que es un jurel.

–¿Cómo? –Pablo parecía indignado–. ¿O sea que esto ha sido un engaño?

–Bueno, en verdad era una manera de demostrarte que no siempre resuelve bien un acertijo el que sabe más.

–No comprendo.

–Sí, Pablo, en el teclado sólo tenías que escribir PEZ. Nadie te ha pedido el tipo de pez. Sólo te han preguntado qué era eso.

–Ya, pero también es un jurel.

–Sí, todos somos muchas cosas. Unos nos llaman de una forma y otros de otra. Todo depende del punto de vista del que nos llame. Tú a mí me llamas viejo ciego, pero un ciego me llamará sólo viejo, un viejo me llamará ciego y los que me conocen me llaman Tóler. ¿Lo comprendes ahora?

–Sí, creo que sí.

–Muchas veces te preguntarán qué son muchas cosas. Si le cuentas cosas muy precisas a la gente les puedes aburrir y no te harán caso. Cuanto más sencillo seas más gente te entenderá.

–Comprendo...eh...¿te puedo llamar Tóler?

–Sí, claro, siempre que creas que me conoces. Ahora sigue tu camino siempre hacia delante y, recuerda, si necesitas algo llámame, aunque me gustaría que tú solo pudieras hacer ese camino –Tóler empezó a desaparecer.

–Por cierto –dijo Pablo antes de que desapareciera–, ¿cómo sabías que te llamaba viejo ciego en mis pensamientos?

–¡Jajaja! –se rió Tóler–. Aunque sea ciego puedo leer.

–¿Y quién era ese niño que he visto?

Tóler ya había desaparecido cuando Pablo hizo esa pregunta.

Antes de entrar por la siguiente puerta Pablo se quedó pensando en lo que había dicho Tóler de que podía leer. ¿Acaso podía leer sus pensamientos? ¿A qué se refería con leer? ¿Y quién era ese chico? Debía alcanzarlo, quizás él supiera algo de qué era este laberinto de habitaciones.

Me pasé toda la vida temiendo quedarme solo. Necesitaba cada día refugiarme en otra gente. Me alimentaba de sus palabras, de sus sonrisas, de sus gestos. Cuando llegaba la noche, la oscuridad me dejaba solo y yo me embriagaba de angustia temiendo que no amaneciera, temiendo no volver a ver a nadie.

Y ahora que de verdad estoy solo, lamento haber perdido aquellos momentos de felicidad, cuando sólo estaba solo a ratos, pero tenía a quienes podían pensar en mí. Ahora que de verdad estoy solo y que todo el mundo hizo un esfuerzo para olvidarme, lamento haber perdido el tiempo refugiándome de una soledad que no existía y huyendo de un tiempo que me acercaba cada día perverso hacia la noche.

Toda mi vida temiendo quedarme solo y no me ha servido de nada ahora que de verdad lo estoy.

Ha entrado. Ha terminado de rascar y me ha encontrado. Su agujero era perfecto, de animal profesional. Era un topo ciego. Me preguntó: “¿He llegado ya a la habitación del loco?”. Yo que no estoy loco le respondí: “Has llegado a mi cuarto. ¡Bienvenido! Te puedes quedar cuanto tiempo deseas.” “Gracias, amigo” –me respondió él. Y desde entonces me acompaña a veces, cuando no se esconde en su agujero para pensar. Yo también me escondo de él, me encanta esconderme, aunque me siento un poco trámoso porque es ciego, pero después de tanto tiempo solo, sin poder esconderme de nadie, comprenderéis que no malgaste esta oportunidad.

Algunos pensaréis que fui estúpido esperando ver a un hombre detrás de esos rasquidos, planeando tácticas para que se quedara conmigo y me hiciera compañía. Lo sé, soy estúpido, llegué a pensar que todavía alguien no se había olvidado de mí. Y además, ¿quién iba a suponer que un topo quisiera compartir su casa con un loco como yo! ¡Por lo menos habla! ¡Y se esconde! ¡Y piensa en su agujero! No como yo, que desde que escribo ya no pienso en mi banqueta. Sólo me siento a ratos a dormir.

Hacía mucho viento. Las hojas se volaban y no conseguían posarse en el agua y dormir.

Hacía mucho viento. Las lágrimas del niño se volaban y se iban muy lejos. Yo no sé a dónde irían.

Hacía mucho viento. Un viento huracanado. Nada quedaría en pie. Nada soportaría sus embestidas.

Hacía mucho viento. El niño se puso de pie y cerró los ojos. No quería ver cómo el viento arrancaba las rosas. No quería ver cómo el sol se volaba por el cielo hacia la nada, arrastrado por el viento.

En algún sitio alguien observaba la escena y, sin querer, suspiraba cada vez con más fuerza, cada vez con más tristeza, sin saber que él era el culpable de aquella escena.

Me he separado de la pared para mirar lo que llevo escrito. Parece bastante y eso me apesadumba. Yo quiero que el que entre en mi cuarto sea capaz de leerlo todo, que no se aburra, que no me compadezca por haber estado tanto tiempo aquí encerrado sino que lamente que yo no haya estado más tiempo para poder seguir escribiendo como lo hice hasta que terminé.

Me he separado de la pared y he mirado a mi alrededor y me he visto rodeado de letras, promesas para futuros lectores, que las recogerán sólo cuando yo me haya ido. Pero no quiero que tarden mucho tiempo en recogerlas; quiero que sea en un instante, en un momento, para que sean capaces de leérselas una y otra vez sin cansarse hasta poder ordenarlas y empaparse de su poesía, poesía que no pude recoger en verso, porque me los robaron todos, pero que espero se transforme en versos eternos en los corazones de los lectores.

Me he separado de la pared. Desde aquí mismo, cuando mi banqueta esté ya tirada en el suelo, vosotros leeréis lo poco que quise escribir para que me entendierais. Lo triste es que querréis salir de mi cuarto a buscarme sin saber que, aunque me haya ido, sigo aquí y sólo aquí podréis comunicaros conmigo. Os lamentaréis de no haber entrado cuando yo estaba aún dentro, de no haberos atrevido a enfrentaros a un monstruo como yo. Será

tarde, y os apartaréis asustado de una pared al comprender esto y os chocaréis con la pared de enfrente y os asustaréis aún más pensando que soy yo que he vuelto, más terrible que como un monstruo: como el fantasma de un monstruo.

¡Qué de letras hay!, ahora que lo pienso. Hay más que estrellas en mi antiguo cielo. Y encima son más feas, son negras, como si pudieran verse las estrellas que se apagaron en el cielo. ¡Ojalá pudiera dejar mis recuerdos en forma de luz, o en forma de perfume! Y que los captarais enteros y ordenados al instante, de un fogonazo, de una ráfaga de aroma.

Bajaría el sol del cielo si no me hiriera la luz. Hablaría de princesa y de rosas otra vez si tuviera en mi corazón el azúcar de los besos que se quedaron fuera de mi cuarto.

Arrancaría las estrellas una a una, como las uvas se arrancan del racimo, si tuviera fuerzas en los brazos de mi alma.

Lloraría las lágrimas que prometí llorar por ti y que aún guardo, si no quisiera conservar, aun de esa forma, el recuerdo de un amor que terminó demasiado tarde.

Volvería a ser el de antes si sirviera de algo, si los recuerdos no se hubieran convertido ahora en promesas. Pero sólo soy un poeta arrodillado ante las palabras que nunca será capaz de escribir y que no llora para no borrar las que tal vez sean consideradas sus palabras más bonitas.

A los padres de la garnea no los conoce nadie, ni siquiera ella, porque nació ya con los ojos cerrados. Pero, ¿por qué la abandonaron sus padres?

¿Dónde nació la garnea? Tampoco vio el lugar donde nació y no sabe cómo volver allí. Lo único que sabe es que el día que regrese sabrá que allí fue donde nació.

Por favor, si alguien trajera los versos que yo le escribí. Por favor, necesito poesía, traedme a Pepe Frijuana. Traedme sus páginas escondidas en mi antiguo cuarto. Traedme los versos que yo le di.

Que los monstruos también tenemos corazón debajo de nuestra piel peluda. Que nuestras garras también pueden acariciar suaves. Que un monstruo también puede escribir poesía y crear metáforas que nunca se le habrían ocurrido a nadie. Me considerasteis un monstruo por mi aspecto y ni siquiera os parasteis a escucharme, no le disteis importancia a los latidos de mi corazón, y encima me arrancasteis la poesía a tiras para que no hiciera más daño.

Sentado en la banqueta de este cuarto vacío, pasaba las horas nuevamente. Mi corazón era cuatro paredes vacías, blancas. La banqueta en medio, refugiándome de todo menos del suelo, siempre pegado a mí; y el techo por encima, recordándome que estaba encerrado, como siempre lo estuve sin darme cuenta. ¿Cuánto tiempo puede quedarse alguien pensando sin hacer nada más? ¿Cuánto tiempo puede alguien estar solo? ¿Y cuánto solo sin darse cuenta?

Cuando las paredes son blancas se pueden dibujar muchas cosas en ellas, igual que en las hojas de papel. Por eso, decidí empezar a escribir, rompiendo con la tinta la cal amarga. Decidí llenar de palabras las paredes, intentando llenar así una vida tan vacía como un cuarto de cuatro paredes, blancas. ¡Qué lástima que se me olvidara leer! No hay nada tan terrible como saber escribir pero no leer. Quizás por eso me encerraron aquí. Porque es muy raro que alguien sepa escribir pero no leer. No puedo saber lo que he escrito antes. No puedo escribir novelas. Por eso, decidí escribir en estas paredes. Sin comienzo ni final. Sin importarme el orden porque da igual cómo se lea. Da igual qué pared. Son todas iguales. Lo malo es que no voy a poder recordar nunca mis recuerdos.

Yo y ella.

Pobre Andrea: perdida en su adolescencia. Intentando sustituir a su padre por un niño triste y solitario. El viento intenta abatirla. Alguien la mira y sabe que está triste.

Ella y yo.

Está enferma. Ella cree que es fiebre. Su madre se lo ha dicho. Quizás se ha metido demasiado en el papel del niño. No lo sé. Alguien me dijo alguna vez que los poetas nacen con la poesía en su sangre. Yo nunca me lo he querido creer. La verdad, yo siempre he sido muy incrédulo. Pero, me gustaría tanto que Andrea creyera... Sí, tal vez ella sea mi canica. Tal vez sea lo que me dejé en mi adolescencia por miedo a vivirlo; lo que no vi reflejado en el otro lado de la luna.

Yo y ella. Ella y yo.

Y un niño que habla con el sol cuyas palabras son secuestradas por flores y gaviotas y ángeles y nubes.

Y el sol, que está dentro de los tres, como símbolo que nos uniera y que nos diera fuerzas para despertarnos cada día.

Yo y ella. Ella y yo. Y un niño. Y un sol.

El día que discutimos yo volví a casa arrastrando el corazón por los caminos de tierra. Yo lo había dado todo por ella y ella aún se quejaba de todo. Pensando en ella por la noche en mi cama lloré y la maldije y prometí no volver a amarla. Quise que desapareciera y a la mañana siguiente, aunque todavía la amaba, mis orejas eran puntiagudas, quizás para oír mejor los secretos de su corazón y descubrir por fin que no me quería.

Como quien ama de verdad, ama a pesar de todo, eso pensaba yo entonces, volví a quedar con ella día tras día y a odiarla por las noches en el rencor de mi cuarto. Una noche me empezaron a crecer pelos por todo el cuerpo, otro me salieron garras con las que me habría gustado rajarle el pecho y sacar su corazón para ver si la imagen que se escondía allí era la mía. Otro día noté cómo

me empezaban a brotar unos cuernecillos en la cabeza, como los de un pequeño animal. Los dientes se me afilaban, la cola que me crecía por detrás me avergonzaba cuando salía a la calle y las escamas de la espalda se me clavaban al dormir.

Me convertí en un monstruo, mejor dicho, ahora, pensándolo bien, ella fue quien me convirtió. Me miraba en el espejo y me consideraba el ser más horrible del mundo. La dejé. ¿Cómo iba a permitir que la chica a la que amaba estuviera con un ser monstruoso? ¿Cómo iba a dejar que besara mis labios secos y rajados? No, no lo permitiría, como tampoco debería haber permitido que otras me amaran. ¿Por qué amaban a un monstruo? Pero en mi transformación, aunque perdí las ganas de amar, no llegué a perder las ganas de ser amado y me dejaba llevar. La soledad monstruosa de mi cuarto sólo encontraba su luz en ser amado, sin importarme el precio que las chicas tuvieran que pagar para amarme.

Así estuve un tiempo hasta que descubrieron el daño que causaba y me trajeron aquí. Me encerraron para no ser amado. Me quitaron las puertas, las ventanas. ¿Para qué iban a cerrar las de mi corazón? Cerraron las de los demás para que no me vieran, para que nadie, por nada en el mundo, se volviera a enamorar de mí. Y entonces tuve que inventar y que soñar como cuando era un niño. Tuve que escribir, aunque, como castigo por las poesías que escribí impetuosamente sin sentir, me obligaron a olvidarme de leer, me robaron la poesía, me robaron lo poco que quedaba en mí de amor.

Hoy entre lágrimas comprendo que he sido un monstruo y que puede que aún siga siéndolo. Por eso he decidido quedarme aquí pro siempre hasta que muera, dejar de buscar una forma de escapar y librar al mundo de mi monstruoso amor. Yo inventaré personajes que se enamoren de mí sin que les haga daño, personajes sin sentimientos, personajes grises que lloren lágrimas de tinta, sólo de tinta, como Pepe Frijuana.

El día que me convertí en monstruo no debí haber vaciado mi corazón de lágrimas para no haber terminado aquí solo, con

personajes grises a los que no puedo darles los sentimientos que perdí mientras me transformaba en lo que soy ahora.

¿Por qué tendría que haber mirado al espejo en vez de haber pasado a la siguiente habitación? ¿Y por qué lloraba su reflejo?

Llorando también estaba la chica que encontró sentada en una silla en la siguiente habitación. Como tenía las manos puestas en los ojos no pudo verle la cara. Así que se acercó.

–¿Qué te pasa?

–¡Nada! –dijo la niña enfadada–

–Venga, algo te tiene que pasar, ¿por qué estás así?

–Vale, porque he visto a un chico que me ha gustado mucho pero no sé cómo encontrarle –diciendo esto se quitó las manos de la cara y miró a Pablo a los ojos. A Pablo se le cayó el corazón a los pies. Jamás había visto una chica tan guapa ni unos ojos azules tan bonitos.

–Ah... –empezó a balbucear Pablo–, pues... no sé qué... puedes... hacer...

–¡Por eso no te lo quería contar! Porque no me podías ayudar –el corazón de Pablo ahora estaba congelado y al mínimo golpe se haría añicos.

–Pero...

–¡Ni peros ni nada! ¡Déjame en paz, que yo no te he llamado!

Pablo se fue corriendo antes de que su corazón se partiera en lágrimas. Abrió una puerta y se encontró una bifurcación. Hacia un lado una flecha “Para los que están tristes” y otra “Para los que están enamorados”. Pablo no sabía cómo se encontraba en ese momento si triste o enamorado o las dos cosas, pero como quería huir pronto eligió al azar y se metió en el camino de los enamorados.

El camino resultó ser una escalera de caracol que subía bastante. Cuando por fin llegó a lo alto se encontró con una puerta cerrada. Llamó y una voz contestó:

–¿De quién estás enamorado?

Pablo casi se desmaya porque no sabía cómo se llamaba la chica, pero entonces se acordó del jurel y respondió:

–¡De un pez...!, digo, ¡de una chica!

Inmediatamente la puerta se abrió dando paso a un cuarto oscuro y triste, una especie de desván invadido de cajas viejas, estanterías con libros antiguos, ropa típica de sus abuelos.

–¡Menudo sitio para enamorados! –pensó Pablo.

Como no encontró nada mejor y estaba bastante cansado de haber subido las escaleras se sentó en un baúl.

Allí sentado, solo, en un desván tan oscuro y tan triste, con el corazón hecho lágrimas, no tuvo más remedio que llorar. Y al llorar entendió por qué aquel lugar era el indicado para enamorados: las lágrimas limpiaron el polvo del suelo, que era transparente; y allí abajo pudo ver a la chica de antes.

Le gustaría saber de quién se había enamorado la chica. Seguro que era del chico que vio antes que él. Seguramente el chico eligió el camino para los que estaban tristes y la chica supo que no se había enamorado de ella. Pablo dio un suspiro tan grande que despertó al gato que dormía tranquilamente en un rincón.

–¿Qué ocurre? –gritó el gato espantado y dando un salto–. Cuando cayó al suelo vio a Pablo llorando y se acercó a él:

–¡Hola, Pablo!

Pablo no daba crédito a lo que acababa de ver. Primero, un gato que hablaba y, segundo, un gato que sabía su nombre.

—Pero, ¿quién eres tú? ¿Y cómo sabes mi nombre?

—¡Miauuuuu! He estado leyendo sobre ti.

—¿Cómo?

—Pues, eso, que ya te conocía. La verdad es que confío bastante en que puedas salir de estas habitaciones.

—¿Qué pasa, que hay gente que no sale?

—Bueno, la verdad —contestó el gato— es que todos salen de aquí, pero no de la misma manera. Lo mismo que en la vida. Yo creo que tú de momento vas bien. Pero, si estás aquí, es porque estás enamorado y supongo que de la chica que se ve desde aquí; para eso has llorado, ¿no?

—Sí, es de esa chica, pero yo no he llorado para verla, la he visto porque he llorado.

—¡Da igual! —le cortó el gato— El caso es que si no hubieras llorado no la habrías visto. ¿Tú sabes la cantidad de chicos que no lloran por una chica por miedo a parecer débiles? Y por culpa de esto muchas veces pierden oportunidades. Si tú ahora no hubieras llorado no habrías visto lo que tiene esa chica en la mano...

—¡No lo he visto! —atajó Pablo, y miró rápidamente abajo.

La chica tenía un espejo en la mano y un libro.

—¿Qué es ese espejo? —le preguntó al gato.

—A través de ese espejito se ven todos los espejos de las habitaciones.

—¡O sea, que esa chica me había visto antes!

—Puede ser —respondió el gato—. Acuérdate de lo que te dijeron: todo en los espejos se ve al revés, y más en estos espejos.

Pablo se quedó pensando esto y se acordó de que él se había visto llorando en el espejo cuando en verdad no lo estaba haciendo. Quizás había visto a la chica llorando a la vez que se veía él. Tenía que darse prisa. Le dio las gracias al gato, abrió la

puerta por la que había entrado y bajó corriendo las escaleras sin recordar que tenía que seguir siempre hacia delante, sin retroceder.

Pero al llegar a la habitación donde antes estaba la chica encontró algo muy distinto: un campo abierto por donde cruzaba un río, sorteado por un puente de piedra marrón no muy alto. Pablo pensó que había sido castigado por haber retrocedido sin permiso y que le habían echado. La puerta por donde había entrado había desaparecido y no parecía existir ninguna otra puerta, al menos cercana.

Pablo se dirigió al puente por un pequeño sendero marcado por las pisadas entre la hierba. Hasta que no estuvo muy cerca, no se dio cuenta de que había un pequeño hombre apoyado en la barandilla, mirando hacia el río con cara de asombro. Nada más llegar Pablo a su lado, sin saludar siquiera, el hombre exclamó:

—¡El agua del río es como un diamante! ¡El sol lo puede atravesar sin romperlo!

Pablo se quedó un poco extrañado y, aunque el hombre no había parecido dirigirse a él, le respondió:

—¿Y si tiro una piedra? ¿El agua del río no se rompe?

—Tienes razón —dijo el hombre, mirando por fin a la cara de Pablo con sus ojos azules que parecían de cristal— ¡Qué tontería! El agua del río es agua del río y todo lo demás se lo lleva la corriente, menos tu piedra, que se quedará en el fondo hasta que alguien la recoja.

—¡Lo siento! —intentó disculparse Pablo.

—¡No pasa nada! —respondió el hombre. Y justo después se marchó despacio.

Mi corazón eran paredes. No había ni puertas ni ventanas. Igual que mi cuarto. Parecía como si no existiera nada alrededor. Por eso lloré el día que vi crecer una rosa en una de las paredes. Lloré

y rompí la cal a puñetazos para abrir un agujero. Afuera todo estaba oscuro. El agujero dejó un vacío en las palabras que maté a puñetazos. Y la rosa cayó con ellas, ilesa, suavemente, como una pluma volando dócil sobre el aire. Me dio tiempo a cogerla antes de que tocara el suelo, siempre pegado a mí. Muchos la habrían dejado caer, pero yo, en mi situación, no podía arriesgarme a que fuera de cristal y se hiciera mil pedazos al enfrentarse al suelo. No me importó que me pinchara. No me importó que brotara sangre de mis dedos. Con ella dibujé palabras rojas que eclipsaban a las negras. ¿Qué escribiría? Ahí las veo ahora secas, marrones; símbolos antiguos que no puedo descifrar, recuerdos olvidados de una rosa que me enseñó que la poesía hace daño, que la poesía obliga, que la poesía hace llorar y duele. Pero, sin aquella rosa aquel día yo habría estado tan solo y triste como cualquier otro.

Hoy no me cabe la menor duda de que destrozar a puñetazos aquellas negras palabras y la cal de mi corazón, mereció la pena para decir con otras, mezcla de mi sangre y del aroma de la rosa, lo que nunca antes habría dicho.

Ojalá alguien un día venga y me las lea. Pero afuera todo estaba oscuro.

Sí, Andrea, yo también te he creado porque estoy triste y he escrito poesías muy tristes. Y todos los días, perdido entre lo imposible, entre lo que muy pocos conocen, me enfrento con un papel e intento dejar allí mis sentimientos para que otros los lean y para que yo mismo llore en el futuro al releerlos.

Escribir es estar solo. Yo lo sé y lo siento por haberte creado como una niña de dieciséis años que escribe cosas muy tristes y que se siente muy sola. Pero, ¿sabes? Te necesitaba y necesitaba a tu madre y a tu personaje sentado en el acantilado.

Yo una vez me fugué al mar, abandonando a mi amada, y le hablaba y él me contaba que nadie le quería. Al final volví con mi amada y todo siguió igual, como si nunca me hubiera enfrentado a la soledad de las olas y de su espuma asesina.

Sé que no me puedes oír. Yo no quiero que me oigas. No quiero que sepas que existo; pero necesitaba disculparme.

Ahora, sentado en cualquier sitio, oigo voces de mucha gente que ya está muerta y noto sus manos en mis manos y me siento embriagado de poesía. Yo soy Juan Romeu, pero podría ser cualquier otro de esos fantasmas sin camino.

Le pregunto a la nada qué es mi vida y la nada se hace todo y se calla.

Aquí, Andrea, es de día y el sol está callado, escondido entre las nubes. No llueve todavía, pero sé que el cielo tiene ganas de llorar...

Los días que lloraba, sentado en mi banqueta, caían lágrimas al suelo. Mi tristeza era tan terrible que las lágrimas hacían agujeros en el suelo. Parecían disparos. Un día lloré tanto que hice un túnel y me escapé bajo la tierra sin que nadie se enterara. Al final del túnel había una valla que prohibía el paso. Y no pasé. Estaba tan destrozado que me limité a cumplir las normas y a no hacer el esfuerzo de ser libre. No importaba que al otro lado de la valla pudiera estar ella.

Si pudiera escribir versos todavía... Si aún pudiera, devolvería sus rimas a Pepe Frijuana. Si ella no me hubiera abandonado. Si la poesía no se hubiera asustado de mí. Si los hombres que me encerraron no le hubieran dicho que yo era malo. ¡Pobre Pepe Frijuana! Condenado en mis versos a ser triste y ahora sin mis versos condenado a no existir. Ahora yo, condenado en este cuarto a estar solo, me lamento de haber creado un personaje tan horrible. Será verdad que soy un monstruo.

Sentado en la banqueta de tres patas, bajé la cabeza y me miré las manos extendidas. Alguien, como yo en las paredes, me había escrito una líneas en las manos. Quería leerlas, pero si no sé ni siquiera cómo se lee el lenguaje humano, ¿cómo leer el lenguaje de unos seres que ni siquiera sé si existen?

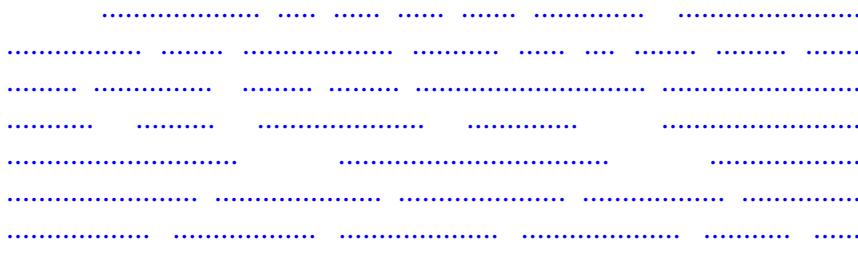
Recordé a aquella chica y empecé a buscar ansioso en las paredes algún detalle, alguna letra que me recordara a ella, que me recordara el momento en que la vi y decidí escribir su nombre. Recorrió palmo a palmo la cal, jadeando, destruyendo con mis ojos los secretos del lenguaje, deshaciendo las figuras de las letras. Todo era confuso. La maraña de símbolos me invadía el cerebro. Las pulsaciones de mi corazón eran tan fuertes que provocaban eco en los silencios de las eses. La respiración se me iba entrecortando. No estaba. Su nombre no estaba ya entre mis recuerdos. No me acordaba de su forma. Quería borrarlo antes de que otro lo leyera y se enamorara de ella, de ella que alegró este cuarto y que se sentó conmigo en la banqueta cuando aún yo no me había vuelto loco, como ellos querían.

Sí, Andrea, yo también termino a veces mis escritos con puntos suspensivos. ¿Sabes por qué? Porque la vida son unos puntos suspensivos, vacío, inciertos. Yo no quiero una vida cerrada con un punto, no, Andrea, y tampoco la quiero para ti. Por eso, aunque te he encontrado en mis párrafos y palabras, intento darte libertad en los puntos suspensivos.

Mucha gente cree que es de malos escritores o, incluso, de escritores afeminados ¿sentimentalistas? Puede que esa gente cree personajes prisioneros, personajes que hagan lo que ellos les manden. Yo te dejo en mis puntos suspensivos que hagas lo que quieras, que decidas por ti misma.

Ahora no lo comprendes, pero el día que descubras que no eres más que un personaje de un libro, me darás las gracias.

Ahora no lo comprendes, pero déjame hacerte este regalo:



Algún día me darás las gracias.

A ella la vi un día a través de la ventana. La abrí y corrió una brisa de azuladas caricias. “¿Quién eres?”—le pregunté—. Y ella me dijo que se llamaba Paula. “¿A dónde vas?” “Adonde el cielo empieza y no hay nubes que vigilen el amor. “¡Llévame contigo!” Pero mi voz no fue más que un suspiro azulado entre la brisa. Igual que la estela que dejó al pasar.

Otra vez me duele el pecho de estar sentado en mi banqueta. Sería fácil pensar que una mala postura presiona el esternón contra mi pecho. Pero no. Hay veces que es más fácil pensar en un dolor físico para explicar dolores. Pero no. Hoy no me duele el pecho de estar sentado en mi banqueta. Hoy me duele el pecho de la congoja que aprisiona mi corazón. Hoy me vuelvo a sentir prisionero de esta jaula. Se han acabado ya los intentos de engañarme haciéndome creer que aquí estoy bien, que aquí estoy refugiado del mundo, que el ruido de la calle no llega a mis oídos, que no hay nadie ya que se pueda asustar al mirarme, ni ponerse a gritar.

El dolor de mi pecho no es un dolor que mate, no es un dolor que acabe hundiéndome el pecho hasta los pulmones; es un dolor que me va hundiendo poco a poco en los restos de mi corazón y que acabará matándome de pena.

He escuchado un sonido suave perturbando el silencio absoluto en el que están sumidos los latidos de mi corazón. Al principio pensé que podría ser alguien que viniera a sacarme, pero ¿cómo iban a liberarme tan pronto después de lo que hice? Ese sonido suave es como el de alguien rascando la pared, intentando entrar en esta cárcel de mi alma. Si pudiera verlo le diría que no entrara, le diría que aquí sólo hay miseria, que no hay más que ilusiones de gas que se chocan contra el techo. Pensándolo mejor, ¿para qué decirle que no entre? Le engañaré diciendo que aquí todos son sonrisas, que todas las tardes pasa por la ventana una hermosa muchacha, cuyo pelo ondea contra el viento, como la bandera de una patria. Le diré que esta es mi patria, que se quede, que en mi patria no hay bandidos, que en mi patria no hay leyes, que en mi patria somos...soy...libre...dentro de estas paredes.

Cuando atravesó la puerta, Pablo encontró algo más de lo que esperaba. Ante él apareció una ciudad con miles de pequeñas casas y miles de personas paseando por las calles. ¿Qué era todo aquello? ¿Quiénes eran todas esas personas?

Quiso preguntar a alguien pero estaba tan conmocionado que empezó a andar y andar recorriendo una calle bastante ancha. Cuando por fin reaccionó se hallaba frente a un edificio en el que se leía: «AYUNTAMIENTO». Decidió entrar para preguntar dónde estaba, pero cuál fue su sorpresa cuando al abrir la puerta descubrió que el edificio estaba lleno de goma espuma. ¡Era imposible acceder!

Corriendo fue a otro. Y a otro. Y así a dos más. ¡Todos estaban llenos de goma espuma! No era más que un decorado. Un decorado como el de una película. O el de un sueño...

No dudó más. Vio a un chico que se acercaba a él por la calle y le preguntó:

—¿Qué es esto?

El chico se sonrojó y se fue corriendo. En su espalda Pablo pudo ver unas letras que parecían decir: «VERGÜENZA». ¿Cómo era posible? O sea que toda aquella gente no eran más que sentimientos y sentimientos perdidos, sin lugar a donde ir. Táladan se los había robado a la gente creyendo que podría hacerlos suyos, ,pero ellos vagaban por las calles.

Pablo se sintió inútil y solo. Pensaba que Táladan le había engañado y le había encerrado junto a todos aquellos sentimientos. Entonces, decidió llamar a Tóler. Gritó su nombre con todas sus fuerzas: “¡¡¡Tóler, Tóler!!! Y Tóler no aparecía. ¿Qué pasaba?

Lo que ocurría es que Tóler no podía acceder al corazón de Táladan. Y Pablo estuvo gritando mucho tiempo hasta darse cuenta. Cuando lo hizo se sentó en una acera y se puso a llorar con las manos en los ojos.

No estuvo mucho tiempo, cuando escuchó:

–¡No llores, que DESOLACIÓN se va a enfadar!

Pablo levantó la cabeza y tras sus pestañas húmedas pudo ver a una niña algo mayor que él con el pelo rubio recogido en dos trenzas.

–¿Perdón? –fue lo único que se le ocurrió decir a Pablo.

–Que no debes llorar porque te sientas solo. Para eso ya está DESOLACIÓN –respondió la niña.

–Pero, ¿quién es DESOLACIÓN? ¿Y quién eres tú?

–Yo soy PRECAUCIÓN y DESOLACIÓN es una amiga mía. Veo que eres nuevo. Pues te explicaré: aquí todos tenemos un sentimiento; de hecho, cada uno somos un sentimiento. Nadie puede comportarse como el sentimiento que no es. Así que tú no puedes ser DESOLACIÓN porque DESOLACIÓN ya hay una. Tú tienes que ser el sentimiento que tienes escrito en tu espalda. ¡Déjame ver!

PRECAUCIÓN se acercó a Pablo, le dio la vuelta y cuando vio su espalda se le escapó un pequeño gritito.

—Tú... —le empezó a murmurar extrañada— tú no eres nada...

—¿Cómo que yo no soy nada?

—No tienes nada escrito en tu espalda. ¿Qué eres? ¿Qué haces aquí?

Pablo dedujo por aquellas palabras que al final Táladan no le había engañado, así que respondió convencido a la niña:

—Yo soy el encargado de encontrar los sentimientos verdaderos de Táladan entre todos vosotros.

—¿De quién? —preguntó PRECAUCIÓN.

—De Táladan, el árbol del que sois sentimientos. El árbol que os robó de manos de vuestros verdaderos dueños.

—No te comprendo —PRECAUCIÓN estaba poniendo caras raras—. ¿Insinúas que nosotros no deberíamos estar aquí?

—No, y yo os voy a devolver a vuestros verdaderos dueños.

—Pero —rectificó PRECAUCIÓN— nosotros estamos bien aquí. Tenemos amigos, nuestra vida es sencilla, nuestra ciudad es perfecta...

—Sí, todo eso está muy bien —le cortó Pablo—. Vuestra vida es sencilla y vuestra ciudad perfecta, pero no son verdaderas.

Al decir esto Pablo, PRECAUCIÓN se fue corriendo a alertar al resto. Pablo se sentó a pensar un rato. De momento no tenía prisa y tenía que reflexionar sobre todo lo que había visto hasta el momento. Así sentado estaba cuando de repente junto a sus pies pasó corriendo un gatito.

—Un gatito en un mundo de sentimientos? Pablo se levantó rápidamente y salió corriendo detrás del gatito. El gatito corría muy rápido y, cuando por fin Pablo consiguió alcanzarlo, después de una larga carrera, le preguntó:

—¿Quién eres?

El gatito no respondió, aunque se quedó mirando un largo rato a Pablo a los ojos. Tanto que Pablo supo, a través de sus verdes iris, que el gatito no podía hablar.

Al marcharse por fin el gatito para siempre por una larga calle, Pablo se dio cuenta de lo tonto que había sido pensando que por tener algún sentimiento el gato tenía que hablar. Y es que no todo el que tiene sentimientos sabe hablar. Lo que ocurre es que no los puede expresar con palabras. Pero sí con gestos.

Pablo reinició su marcha en sentido contrario al gato. No sabía a dónde ir.

Caminando estuvo un rato hasta que un grupo de sentimientos le encontró. Venían todos liderados por PRECAUCIÓN.

—¡Espera, hombre sin sentimientos! — oyó Pablo a su espalda.

Pablo se giró y vio la turba de personajes que se dirigían hacia él. Sintió miedo y comenzó a retroceder buscando de reojo una posible escapatoria.

—Creemos poderte ayudar — exclamó una mujer mayor.

—¿Perdón? — susurró Pablo mientras intentaba que su corazón latiera con la fuerza con la que lo hacía.

—Hay un sentimiento en esta ciudad que probablemente sea el que buscas.

—¿El sentimiento de Táladan?

—No sabemos de quién será. Ni siquiera sabemos quién es Táladan. Pero el resto sabemos que somos sentimientos pertenecientes a esta ciudad que tú has llamado irreal. Hasta ahora sólo DUDA, DESCONFIANZA, RECELO y algunos otros habían dicho cosas así, pero ESPERANZA, OPTIMISMO, CONFIANZA y tantos otros demostraron que nuestra ciudad es verdadera porque existe. Y existe porque podemos nombrarla, porque podemos andar sobre sus caminos, beber de su agua, oler los perfumes de sus flores... Da igual que para otros no parezca verdadera.

Nosotros estamos bien aquí y podemos sentir lo que en nuestra espalda está marcado. Esa es nuestra misión.

—Pero, vosotros no sois de esta ciudad. Os secuestraron. Vosotros no pertenecéis al corazón de Táladan. Él os engañó para venir aquí y ahora vosotros le engañáis haciéndole sentir lo que no siente. Por eso he venido aquí. Él se ha dado cuenta de que no es él mismo, sino una mezcla de todas las personas a las que robó un poquito de sus corazones. Ahora decidme dónde puedo encontrar su verdadero sentimiento.

—Busca la casa negra, al otro lado de la montaña. Allí encontrarás el único sentimiento que no quiso pertenecer a nuestra ciudad. Nosotros seguiremos aquí nuestra vida, en nuestra ciudad gobernada por FELICIDAD. ¡Suerte, hombre sin sentimientos!

Un día, un fiera voraz quiso comerse a la garnea. Cuando ya estaba a punto de precipitarse sobre ella, contempló cómo se reflejaba el sol en sus plumas y cómo ella parecía estar perdida en un mundo de sueños con sus ojitos cerrados. Le dio tanta pena que se marchó a por otra presa. La garnea no se enteró de lo que había pasado.

—¿Sabes, hija? Cuando se murió tu padre, yo pensaba que nunca le volvería a ver. Un día me salí al campo, donde no respiraba ninguna luz. Me tumbé y miré la oscuridad del universo.

Me di cuenta de que, en alguna de aquellas estrellas o de los planetas que ni siquiera se veían, tenía que estar tu padre mirándome. Dentro de la soledad que me había acorralado desde su muerte, me sentí otra vez acompañada y no me arrepentí de haberle regalado mi corazón porque ahora él lo había llevado a un lugar mucho mejor.

Andrea, y no me importa que no sea verdad que él esté en una estrella. No me importa que él se acabara al morir y que ya no exista, porque él, en su inexistencia, me mueve a vivir, porque sé que él me mira y que me espera; y, por eso, está vivo, aunque sólo lo esté para mí.

Andrea miró por la ventana y vio una estrella. Algo parecía moverse allá arriba. Ella apartó la vista asustada y miró a su madre a los ojos, intentando preguntarle con sus pupilas lo que no podía con palabras, pero unos párpados de lágrimas habían tapado los ojos de su madre.

A veces nos gustaría creernos las historias que nos contamos a nosotros mismos. Andrea se quedó destrozada, decepcionada de que su madre no creyera, y se fue a su cuarto, sin darse cuenta de que, en su tristeza, ella tampoco creía...

Si escribiera todo en pasado, podríais pensar que lo escribí en tan sólo un día, justo antes de irme, y que por eso no me pasó mientras nada. Os podría mentir diciendo que es verdad, que en un solo día rellené estas paredes con los ojos cerrados a todo lo demás. Pero no es verdad. A la vez que he ido escribiendo me han ocurrido muchas cosas, me han visitado muchos seres, me he escapado muchas veces, pensando que no volvería. Incluso hoy mismo sigo esperando a descubrir quién es el que rasca incesante mi pared y cómo se llamaba la chica que pasó por mi ventana, a la que tuve entre mis brazos y besé, a la que di mi vida en la pluma de aquel ángel y no la quiso, y al tirarla al suelo se deshizo en luces mágicas que me enseñaron el camino para huir de mi encierro.

Hoy he comprendido que estoy loco. Hoy he comprendido por qué me encerraron aquí. El día que comprendí que estaba loco, comprendí por qué me habían encerrado aquí. Hoy he comprendido que he perdido la noción del tiempo, que el pasado se torna futuro en un instante y da igual, que no importa en esta historia si algo ocurrió antes o después, si algo ocurrió en verdad, si algo ocurrió de distinta manera. He escrito verdades que han resultado ser mentiras, mentiras que resultaron ser verdades.

Hoy, ayer, mañana, cuando he pensado, no sé cuándo, que el topo murió al darme la pluma del ángel y yo se la di a ella, no he comprendido cómo es que luego volví a oír los rasquidos en mi

pared y cómo luego me escondí del topo cuando ella ya se había ido.

Hoy comprendo por qué no me escapé cuando pude y por qué me empeño en recordar a la que aún está por venir y por qué nunca ha existido la chica a la que amé aquellos días.

Aunque no lo parezca, la garnea se pone triste y puede llorar. Como tiene los ojos cerrados sus lágrimas son negras. Aun así, en ellas se puede ver reflejado el mundo. Son como pequeñas piedras preciosas negras que caen al suelo provocando un ruido tan suave que apenas se puede oír. Por eso la gente que las encuentra en el suelo no imagina que han caído desde el cielo y exclama: “¡Qué bonitas!” cuando en verdad deberían exclamar: “¡Qué tristes!”. La gente no conoce bien a la garnea.

Sé que mi situación es horrible y que ninguno de los que lean mis paredes entiende cómo pude aguantar tanto tiempo. Sé que todos se taparán la nariz cuando entren en mi cuarto y haya muerto, cuando la banqueta esté tirada en el suelo, ¡mi banqueta! que siempre estuvo de pie conmigo. Comprended que todos acabamos muriendo o esperando la muerte.

Aprendí con el tiempo que siempre hay algo peor que lo malo, y si es horrible que yo me pudra en estas condiciones, preso de unas paredes de cal, unas rejas sin espacios, peor es estar en un ataúd sin haber muerto, no poder moverse, estarse quieto en la inquietud de estar muriendo. Yo agradezco este ataúd enorme, en el que puedo pintar mis recuerdos y me puedo mover y puedo pensar en algo más que en la muerte.

3 x 1 3, 3 x 2 6, 3 x 3 9... El niño repetía las tablas de multiplicar como si el sol se las estuviera preguntando. Entonces, al ver que el sol se ruborizaba, entendió que el sol, a su edad, no se las sabía.

—Oye, sol, ¿es que acaso nadie te enseñó nunca las tablas de multiplicar?

Silencio. Y el niño miró hacia el mar y vio en el reflejo del sol unos peces saltando, abriendo una ventana en el mar de aceite y dejando ver a través de ella preciosas madreperlas, corales florecientes, anémonas fugaces...

Silencio. Y el niño miró hacia el cielo y vio en las nubes el reflejo del mar roto por las gaviotas y el reflejo de las sirenas que las gaviotas alargaban dibujando el horizonte.

3 x 5 15, 3 x 6 18, 3 x 7 21... El niño se paró y se quedó mirando hacia el horizonte, donde el sol y el mar se reflejaban al tiempo...

Pero, ¿qué podía escribir alguien como yo? ¿Qué poner en las primeras palabras, palabras que acabarán diluyéndose entre la maraña de símbolos raspados en cal? Para no complicarme puse que estaba sentado en la banqueta de un cuarto vacío. ¡Qué mentira! No lo estaba, si no no podría estar escribiendo. Esos símbolos, aunque jamás los podría leer en aquella habitación, siempre los recordé, como los símbolos que, escondidos en la inmensidad de las palabras, demostraban que la literatura es una mentira... y la vida. Yo no me creo nada. Sólo deseo que cuando salga de mi cuarto, porque tengo que salir, nadie borre mis palabras aunque yo no las pueda leer, que habrá alguien que quiera verlas y que encuentre entre los símbolos mi primera frase, y la última, y entienda que aunque las paredes no tienen principio ni fin, son como una sola pared, que aunque la vida de los hombres nunca empieza y nunca termina, siempre existen momentos que marcan la existencia, momentos que se recuerdan aunque no se vuelvan a vivir jamás, momentos que estremecen el alma, momentos sin palabras, momentos que se quedan grabados para siempre aunque no se recuerden nunca más. Y aunque la literatura sea una mentira, como lo son las lágrimas y el amor, no perdió el tiempo leyendo las palabras revueltas de un loco que no podía soportar estar solo. Y le obligaron.

Cuando apareció Pepe Frijuana atravesando la pared en mi cuarto, me puse tan nervioso que sólo se me ocurrió decirle que no pisara

las letras del suelo. El pobre hombre gris, que había venido a visitarme se puso aún más gris y agachó la cabeza para no pisarlas. Le pregunté luego que cómo se había enterado de que yo estaba aquí y me respondió que había visto a la garnea volando desolada con los ojos abiertos y llorando piedras preciosas blancas. La siguió y me encontró en este abismo de soledad.

Cuando Pepe se fue me quedé pensando. Ella no era tan maravillosa como la que se pasea por delante de mi ventana algunas tardes. No me besaba tanto como ésta. Yo sufría al no verla y mis sueños se transformaron en miedo de perderla. Con ésta ya tengo asumido que algún día dejará de venir y la perderé para siempre. No me importa.

Yo no sabía si ella me quería, si ella me quiere. No estaba seguro. Ésta sé que de momento me ama. El amor es eterno cuando duda. El amor es eterno cuando no se sabe, cuando cada día es una lucha por conseguirlo y no por mantenerlo. Yo la amé, lo reconozco y a ésta puede que también la ame, pero aquel amor jamás lo olvidaré aunque ha acabado, y este amor, cuando lleve aquí ya mucho tiempo, apagará completamente su llama y no quedarán de él ni siquiera cenizas.

Todos creen que el sol no llora porque no derrama lágrimas, pero aquel niño sabía que sus rayos eran gritos de desesperación contra la tierra; sabía que el sol estaba triste en el cielo y que se sentía muy solo. Por eso, cada día, alejándose del mundo, acudía a aquel acantilado frente al mar, donde podía compartir con el sol los momentos de su vida.

Todos creen que los niños sólo lloran porque tienen hambre, sed o sueño, pero aquel niño se sentía solo y buscaba en el sol la felicidad que la soledad del mundo le robaba. Por eso nunca faltaba a su cita y no le importaba que le dijeran que estaba echando su vida a perder, que no tenía futuro o que se perdería en la soledad, porque él encontraba la plenitud en aquellos momentos, aunque el sol, a veces, camuflado entre las nubes y la lluvia, no asistiera al acantilado, frente al mar.

Lo he tenido que hacer. No había más remedio. Se me ha acabado el espacio para escribir. El techo es muy pequeño. Me he agachado y he puesto la primera letra. Jamás pensé que llegaría a arrodillarme para escribir, pero lo he hecho. Y al hacerlo me he estremecido. Nunca habría compartido con el suelo más que la ausencia de libertad para volar. Y ahora me arrodillo avergonzado, pidiendo que me escuche, porque sólo me queda é en este cuarto para seguir viviendo con alguna esperanza. Me da igual que al caminar pise las letras que en el suelo escribo. El destino será quién diga por qué esas letras fueron condenadas a ese castigo, igual que yo a rendirme encerrado a los pies del suelo. Cuando entréis aquí y queráis saber cuál fue el comienzo de esta humillación buscad las letras más confusas, las letras más amargas y curvadas, las letras difusas y grises.

A veces la garnea también vuela por las noches para llegar antes. Y cuando parpadea sus ojos brillan en la oscuridad y los niños que lo ven piden deseos porque creen que son dos estrellas fugaces.

Me dejaron traer aquí algún libro, algún libro que no fuera de poesía. Y yo, que sólo tengo poesía en mi silencio, no traje ninguno, ¿para qué, si no podía leerlo? El único libro que pude leer, y se camuflaba más allá de la poesía era demasiado triste y estaba demasiado solo como para traerlo conmigo. ¡Ay! ¿Dónde está aquella poesía que podía leer habiéndoseme olvidado hacerlo? ¡Ay! Si yo pudiera escribir, aquella poesía de nuevo... Podría leer al escribirla, otra vez mis recuerdos.

Esa es mi paradoja, la que me amarga los sueños, no puedo leer lo que escribo y lo que no escribo sí puedo.

Pablo no lloró después de que se fuera el hombre; pero se colocó en el mismo sitio del hombre y miró al río. Quiso imaginárselo como un diamante. No pudo. ¡Qué tontería! ¿Por qué imaginarse las cosas de distinta forma de la que son? Sin embargo, aquel hombre había amado al río porque creía que era un diamante.

Ahora sí se le escapó una lágrima a Pablo porque él nunca podría imaginarse cosas para amarlas. La lágrima cayó en el agua sin que se oyera el ruido con la corriente y fue entonces cuando Pablo descubrió que aquel río estaba hecho de las lágrimas de todos los que habían descubierto la poesía.

En seguida apareció un sendero al otro lado del puente, que llevaba a una puertecita tallada en un gigantesco árbol. Pablo sabía que ya se podía ir.

Mientras llegaba a la puertecita se acordó de la chica a la que amaba y deseó verla con todas sus fuerzas. ¡Ojalá estuviera esperándole dentro de aquel árbol!

El árbol era aún más gigantesco por dentro que por fuera y por todas partes se podían ver escaleras subiendo, escaleras bajando, escaleras de caracol, colgantes... ¿Por dónde iría Pablo ahora?

De repente, en lo alto del árbol, allá lejos, donde sabía que jamás sería capaz de subir vio al niño de su edad escalando a duras penas y saltando de unas escaleras a otras. Pablo sintió miedo. Se sintió muy solo; así que decidió llamar a Tóler. En seguida Tóler apareció y le preguntó qué quería.

—¡No sé a dónde ir! —le dijo Pablo—. Hay demasiadas escaleras, demasiadas posibilidades.

—¡Muy bien! —respondió Tóler—. ¡Así me gusta!

—¿Así te gusta el qué? —preguntó Pablo sorprendido.

—Me gusta que dudes, Pablo. Y que seas capaz de preguntar. Si no dudas no decides; tu camino es plano. Si dudas, te llenas de decisiones, de responsabilidades. Siempre se cree más fuerte el que no duda, pero a la hora de la verdad, cuando tenga que elegir, no sabrá. Yo ahora no te puedo ayudar a elegir tu camino. Ve por donde quieras. Pero ve siempre sabiendo que has dudado, has elegido y te has podido equivocar. No seas orgulloso y ten viva siempre la posibilidad de rectificar, de volver atrás.

—Pero... —le cortó Pablo— si tú me dijiste que no volviera jamás atrás.

—Te dije que no volvieras atrás en el camino. ¿Ahora comprendes lo que te quería decir?

—¡No! —respondió secamente Pablo.

—Volver atrás en el camino significa huir por miedo, querer salir, querer desandar lo andado por temor a lo que viene. Pero retroceder para hacer algo mejor, ¿te parece eso volver atrás? En todo caso yo diría que es coger carrerilla. ¿No crees?

—Tienes razón...

—Bueno, pues ahora deja que tu interior te guíe. Yo ya me voy.

—No, espera... —susurró Pablo mientras veía a Tóler desaparecer.

¿Qué significaría seguir al interior? ¿Qué es el interior?

Pablo no tenía ganas ni de subir ni de bajar. Tenía ganas de seguir de frente para encontrar a la chica a la que amaba. Por eso no subió por ninguna escalera. Siguió andando de frente, por debajo de aquella montaña de peldaños que amenazaban con desplomarse sobre su cabeza. Y andando, andando a través de ese árbol gigantesco llegó a una puerta con forma de corazón, que anunciaba la salida del árbol. Cuando Pablo iba a abrir la puerta, se oyó:

—¡¡¡Espera!!!

Pablo se asustó enormemente. ¿Quién había dicho aquello? Parecía una voz que venía de su interior, ¿o era del interior del árbol?.

—¿Quién hay ahí? —preguntó Pablo.

—Soy yo, Táladan, el árbol de las escaleras.

—¿Me puedes decir dónde estoy?

—Estás en mi interior. Todas mis escaleras llevan a distintas puertas y esas puertas conducen a lugares remotos. Esta que ves es la puerta de mi corazón. En mi corazón guardo miles de sentimientos de personas que pasaron por aquí. Es algo muy serio; por eso no te puedo dejar pasar así como así. De hecho, nunca he dejado pasar a nadie por esa puerta. Quizás por eso estoy tan solo

a pesar de que tanta gente recorra mis escaleras cada día. Quizás por eso les robo tantos sentimientos sin que ellos se enteren. Quizás en mi corazón haya tantos sentimientos de otros que no sé dónde están los míos.

—¿Y por qué me cuentas esto a mí?

—Porque tú has decidido atravesar mi tronco sin pasar por las escaleras. Has descubierto que yo soy algo más que escaleras y has llegado directamente a mi corazón. Los demás llegaban a esta puerta después de horas dando vueltas sin encontrar forma de escapar de mi interior. Creo que ha llegado la hora de que alguien entre en mi corazón y encuentre los sentimientos que tengo perdidos entre los de los demás. Y ese alguien has de ser tú.

—¿Yo?

—Sí, confío en ti. Encuentra mis sentimientos y cuando lo hagas llámame: “Táladan, Táladan...” ¡Te lo suplico!

Pablo no tenía elección. Táladan se lo estaba suplicando y algo le decía que sólo a través de esa puerta encontraría a la chica a la que amaba. Así que dijo sí y empujó la puerta decidido.

—Qué forma tendrían los sentimientos? ¿Cómo distinguiría los de Táladan de los de los demás?

—Andrea, hija, no deberías escribir con fiebre.

—Pero, mamá, es que así me salen mejor las palabras... No sé... es algo muy raro. Es como si alguien me fuera dictando las palabras y yo me limitara a copiarlas.

—¡No digas disparates! Será que hoy se te han ocurrido ideas mejores.

La madre de Andrea parecía molesta por lo que acababa de oír. ¿Acaso ella había tenido esa sensación alguna vez? ¿Acaso muchas noches no había podido dormir acosada por voces extrañas sin procedencia? ¿Acaso a veces oía la voz de papá diciéndole cosas que no entendía?

Sí, seguramente. Y ella había rechazado aquellas voces por miedo. ¿Por miedo a qué? ¿A que Andrea las oyera?

Sí, seguramente. Por eso cuando Andrea le dijo que alguien le dictaba desde algún sitio ella le gritó y la mandó a su cuarto para que descansara, porque la fiebre la estaba haciendo delirar...

Era otoño... Las hojas se caían de los árboles. el sol había vencido con sus lágrimas a la esperanza verde de la primavera. También el mar parecía haber perdido todas sus hojas...

Era otoño... Todo se había dorado con el sol...

Y el niño, sentado sobre las olas amarillas, lloraba lágrimas amarillas, como si estuviera enfermo.

Una hormiga, mientras, llevaba una migaja de pan a su hormiguero...

Era una estrella oscura en un cielo amarillo...

—Utilizas siempre las mismas palabras.

—Pero, mamá, ¿por qué no las voy a utilizar si son las que me gustan? Lo importante es que no se repita la misma historia.

—Tú sabrás, hija. Pero es que tampoco dices nada, no cuentas nada. Y cuando parece que vas a hacerlo, pones puntos suspensivos.

—Mamá, quizás no haya ninguna frase que diga algo, pero si lo lees entero, es imposible que no te diga nada.

—Y, por ejemplo, ¿qué significa lo de la hormiga?

—No lo sé, mamá, yo escribo estas cosas para que cada uno las interprete a su manera.

La madre estaba triste. Era otoño cuando papá murió y sus ojos en el espejo eran un cielo amarillo con una estrella oscura. Eran hormigas en campos amarillos. Eran lágrimas y pupilas. Era otoño...

Los niños saben cosas que nadie sabe. Los niños saben cosas que se olvidan luego.

Menos mal que Andrea escribe. Ya no importa que olvide, pues siempre quedará escrita en un papel como una niña, como una niña que nunca se hará mayor. Y algún día volverá a leerse siendo niña y ya no se comprenderá. Pero nunca se hará mayor porque siempre quedará en un papel como una niña, como una niña que nunca morirá.

Los niños saben cosas que nadie sabe, como las estrellas, como las flores...

Como la garnea siempre tiene los ojos cerrados pensaréis que es imposible saber cuándo está durmiendo. Sin embargo, es fácil: cuando la garnea se está un rato quieta es que está durmiendo. Otra cosa es saber cuándo sueña, porque digo yo que si no puede ver tendrá que soñar o pensar. Y así ocurre: la garnea sueña siempre, y sueña con encontrar otra garnea en algún lugar. Por eso, durante el día vuela constantemente.

Si supieras que el ruido en la pared soy yo, intentando manifestarme, que el topo no existe, ni el ángel, ni la pluma, ni tú eres un monstruo, ni escribes en la pared. ¡Oh! Si pudiera decirte ahora lo que no supe decirte en su momento. Si el tiempo no nos arrastrara al demasiado tarde.

Ya no me escuchas, o no quieres escucharme. Tus oídos se han cerrado al mundo exterior. Sólo escuchas mi sonido en la pared y crees que es un topo, ¡loco de ti!, jamás en tu vida has visto un topo.

Mis lágrimas se juntan en un río que llega hasta tus pies descalzos y los moja, y tú no te quieres dar cuenta.

¡Ay!, hombre demente, si escucharas con el corazón y no con los sentidos, podrías oír estas palabras que te digo y que cambiarían

tu manera de pensar, te salvarían de esta cárcel en la que afirmas que te hemos encerrado.

Pero, ¿qué puedo decir yo ahora? Yo, que te traicioné callándome el otoño de tus besos. Yo, que pensé que para amar era mejor el silencio. Yo ahora no te puedo pedir que me escuches, porque no fui capaz de hablarte cuando de verdad lo hacías, cuando lo necesitabas, cuando aún tenías posibilidades de dejar de amar. Por mi culpa estás condenado a amar por siempre porque el olvido no es un final para el amor, es una continuación silenciosa, tan silenciosa como mi miedo aquellos días. Perdóname, yo creía que tu amor sería puro siempre, no quise dañarlo y ahora, que crees haberte convertido en monstruo por mi culpa, olvidas en silencio y amas a otras y crees que eres feliz porque te sientes protegido en este cuarto.

Si pudieras entenderme ahora, si pudieras leer estas palabras escritas en la pared. Preferiría que fueras de verdad un monstruo, una fiera maligna, un ser horrible. Lo preferiría para quererte así y no vivir en la incertidumbre en que lo hago ahora, no sabiendo cómo quererte porque no sé quién eres.

Y es curioso que la garnea vuele de día, cuando más tráfico hay. En teoría, si tiene los ojos cerrados le debería dar igual volar por el día o por la noche. Si lo hace durante el día será por algo.

¿Me quiere? ¿No me quiere? ¿Me quiere? El niño le preguntaba a la margarita si ella le quería. Ahí sentado en el acantilado, volando en el viento, parecía una fuente de pétalos al arrojarlos a las olas del mar. Éstas, desagradecidas, los estrellaban contra las piedras deshaciéndolos en espuma.

¿No me quiere? ¿Me quiere? ¿No me quiere? El corazón del niño, como los pétalos infinitos, se deshacía en lágrimas espumosas. Entonces, el sol le preguntó quién era ella y el niño, sin terminar de arrancarle los pétalos a la dulce margarita, la arrojó al mar, espuma verde y amarilla, y se quedó callado, mirando al horizonte y esperando que llegara ya la noche para

poder llorar sin que el sol le viera y para que no descubriera que nadie nunca le había amado.

¿Cuántos años tiene la garnea? Ni ella lo sabe. Además ella mide el tiempo por viajes. Según algunos tendría ocho mil quinientos treinta y cuatro viajes ahora mismo. Lo que son más o menos cinco años.

¡Ay, hermano! ¿Cuándo te darás cuenta de que no existe ventana, de que al abrirla el viento de los recuerdos no te despeina, que todo lo que hay fuera te lo estás inventando? ¡Ay, hermano, por favor, reaccioná! Tú siempre has sabido leer, ¡lee de una vez las palabras que te escribo! Lo sé, es tarde ya pero aún hay tiempo. ¡No quieras volverte loco para llamar la atención! Hazlo al menos por mamá, que lo está pasando fatal. Deja al menos que sus lágrimas mojen tus pies y te despierten. Deja de sentir el viento en la ventana porque no lo hay y siente lo que de verdad importa. ¡No seas egoísta!

¡Ay, hermano! Que nos estamos muriendo de amargura por tu ausencia. Vuelve con nosotros. Que aunque fuieras un monstruo te seguiríamos queriendo igual.

Está bien, quédate ahí solo y encerrado imaginando cosas que no existen. Pero si lo haces, hazlo de verdad y cierra la ventana.

—Escúchame, sol: si algún día no viniera a verte, no creas que estoy muerto. Me habré quedado en casa con mis padres, viviendo la vida que me ha tocado vivir.

—Escúchame, sol: si algún día no viniera a verte, no creas que ya me he ido y que nunca volveré. Espérame porque no podré estar mucho tiempo sin ti. No te vayas, no te escondas afligido, no creas que ya nada merece la pena.

—Escúchame, sol: si algún día no viniera a verte, no creas que ya no te quiero, que me olvidé de ti. Yo también te echaré de

menos como en los días nublados en los que tú no vienes a verme y yo te espero aquí en el acantilado.

—Escúchame, sol: si algún día no viniera, no te creas que estoy muerto. No te lo creas. Pero, por favor, no vengas a verme a mi casa. Aunque creas que estoy enfermo...

En su camino al sol, las palabras eran escuchadas por las gaviotas traviesas y por las flores arrojadas al cielo en busca de un deseo por las princesas enamoradas y por los ángeles desnudos e invisibles y por las nubes adolescentes.

Y el niño lo sabía, pero no le daba vergüenza...

La garnea no sabe que va a morir algún día. Para ella la vida es un viaje cuyo fin es el lugar donde nació. No sabe que puede que no llegue. Pero así no sufre.

Ella era la más guapa. Sí. Mirando ahora su cara estropeada ya por el olvido, recuerdo aquellos rasgos que me volvieron loco de amor.

Era ella la más guapa. Y sus ojos los más bonitos. Sus ojos vivos, azules, y no grises y apagados como los veo ahora. Me equivoqué. Si hubiera sido un poco más delgada... Si lo hubiera sido, yo no habría hecho esa locura. La belleza de su cara merecía un cuerpo más delgado, un cuerpo delicado, tanto como su mejillas.

Ahora, muerta en esa imagen quieta, rígida, veo los síntomas de mi equivocación. Corté la rosa del jardín de cardos pensando que en mi estantería se sentiría protegida y podría desplegar su belleza libremente. Me equivoqué.

Ella era la más guapa, pero su cuerpo no era delgado como sus mejillas. Por eso, una pálida noche de febrero entré en su casa y le corté la cabeza. Su belleza debía decorar el salón de mis recuerdos.

Y me equivoqué. Hoy, sentado en mi sofá, miro hacia arriba y veo la cabeza inerte, pálida como la noche en que murió, con aquellas mejillas tan delicadas antes que ahora parecen calaveras moradas.

Pensé que su belleza era eterna. Pensé que viviría para siempre, protegida en mi estantería. Y mañana, cuando tire la cabeza a la basura, probablemente llore, no por la amada que perdí por culpa de mi locura, sino porque la belleza no es eterna.

Pablo estaba leyendo un libro de aventuras en su cuarto cuando, de repente, se abrió una especie de agujero en la pared, derritiendo todos los posters y fotos que la cubrían. Como a Pablo le encantaban las aventuras no dudó en meterse dentro del agujero.

A pesar de lo que se podría pensar, Pablo no sintió ningún tipo de escalofrío ni se desmayó ni olvidó toda su vida anterior. Simplemente atravesó el agujero y apareció en una habitación enorme con las paredes blancas y con una puerta al fondo.

Pablo se acercó lentamente a la puerta y leyó el letrero que colgaba del picaporte:

SÓLO ENTRAR LOS INTELIGENTES

Como Pablo se consideraba inteligente entró. ¡Había superado la primera puerta!

La habitación que encontró tras la puerta era mucho más pequeña, sin embargo, no estaba vacía como la anterior. Era como un cuarto de estar lleno de estanterías y libros, una mesa en el centro, una televisión incrustada en una de las estanterías, unas sillas y una butaca donde un hombre viejo y a simple vista bajito estaba sentado. Al sentir entrar a Pablo, el hombre viejo murmuró:

—¿Quién eres?

—¡Soy Pablo! —respondió Pablo.

—Ya lo sabía —dijo el viejo.

—Entonces, ¿por qué me lo has preguntado?

—¿Tú nunca has hecho preguntas estúpidas de las que ya sabías la respuesta? —preguntó el viejo, con la cabeza gacha, sin haber mirado aún a Pablo.

—¡Pues la verdad es que no! ¡Me parece perder el tiempo y hacérselo perder a los demás!

—¡Muy bien, Pablo!— aplaudió el viejo al tiempo que levantaba la cabeza lo suficiente para que Pablo se diera cuenta de que era ciego— ¡Por eso estás aquí! Tú te consideras inteligente y por eso has entrado. Pero, ¿nunca te habría gustado dejar de serlo por un momento?

—Pues... no sé. —dudó Pablo— Quizás a veces me gustaría no haberlo sabido todo tan rápido para poder haber hablado más tiempo con la gente o para no haber ganado siempre en los juegos de mesa.

—Sí, creo que lo entiendes —el viejo parecía contento—. Yo también quise dejar de serlo y por eso me quemé los ojos. Para no ver. Para ignorar. Para que no fuera tan fácil averiguarlo todo. En fin, creo que estás preparado para pasar a la siguiente habitación. ¡Sal por donde has entrado!

—Pero... —empezó a decir Pablo— ¡volveré al mismo sitio!

—¡Deja de confiar en tu inteligencia! —se enfadó el viejo—. Y Pablo se apresuró en salir por donde había entrado.

Apareció en una habitación completamente distinta a la primera. Ahora el hombre viejo estaba allí paseando y tarareando una cancióncilla. ¿Cómo había podido salir antes que Pablo? Para Pablo ahora era mejor dejar de preguntarse las cosas si no quería volverse loco.

Esta nueva habitación era larga y estrecha, como un pasillo, y en las paredes había colgados cuadros maravillosos. Pablo se acercó al viejo ciego.

—¡Hola! Parece que nos volvemos a encontrar —le dijo, procurando que no se le notara sorpresa por haber encontrado al viejo allí también.

—¡Hola, Pablo! —respondió el viejo—. No te parece curioso encontrarme aquí otra vez.

—Pues... sí —Pablo no sabía si ser sincero o no.

—Pues si lo piensas bien tampoco es tan curioso. Tú mismo te has dado cuenta de que has vuelto atrás, ¿verdad? Has regresado por la puerta por la que entraste. Yo estaba aquí antes de que entraras

en la primera habitación. Cuando te he oído entrar me he ido a mi cuarto de estar para esperarte y ahora has vuelto atrás y aquí estoy.

—Pero, no tiene ni pies ni cabeza —Pablo no daba crédito a lo que estaba oyendo—. He vuelto atrás en el espacio, y aun así he aparecido en una habitación diferente; pero no he vuelto atrás en el tiempo...

—¡Ah! —le cortó el viejo interesado— ¿Cómo sabes eso? Yo no estaría tan seguro. ¿Alguna vez has vuelto atrás en el tiempo?

—¡No!

—¿Estás seguro? No lo puedes saber, a no ser que alguien lo sepa porque no ha vuelto atrás y te lo diga.

—¡No entiendo nada!

—Da igual, eso es lo que quiero, que no entiendas. Pero ahora necesito que me prometas una cosa, Pablo.

—¿Cuál?

—Prométeme que desde ahora siempre vas a ir hacia delante pase lo que pase, veas lo que veas, aunque eso vaya en contra de tu inteligencia.

—¡Te lo prometo!

El día que muera la garnea el mundo se quedará un segundo en silencio. Sólo un segundo, como un parpadeo. Todos se preguntarán qué ha pasado y nadie sabrá responder, así que seguirán viviendo como si no hubiera pasado nada.

Ayer cuando soñaba que ella no estaba y en su ausencia me retorcía pensando que su amor no merecía la pena porque era sólo sufrimiento. Y hoy que ya no sufro cuando no la tengo, que su amor parece merecer la pena, ya no es amor lo que siento.

—Dime, querido sol, ¿con qué sueñan las estrellas cuando duermen de día acostadas en los pozos?

El sol se mecía en las olas del lejano mar y parecía no decir nada. El niño entendió que el sol estaba roto cuando una gaviota atravesó su reflejo y salió sin quemarse.

—Yo, a veces, he soñado con las estrellas, he soñado contigo y con el mar. Y muchas veces he soñado que me caía desde este acantilado y que nadie notaba mi ausencia.

Recuerda cuando decías y escribías, y luego me leías, que yo lo era todo para ti. Recuerda los años en que tú y yo fuimos uno y aun frágiles como hojas de papel, débiles al viento, siempre volábamos en la misma dirección. Recuerda cuando nos reímos de cosas que sólo tú y yo sabíamos, cuando encontrábamos refugio en el otro sin palabras. Recuerda cuando nos peleábamos y a los cinco minutos rendíamos tributo al perdón verdadero, para volver a pelearnos al rato. ¡Recuérdalo! No recuerdes mis errores, mis fracasos, mis traiciones a nuestra misma sangre. Olvida los insultos, las patadas. Olvida los momentos amargos en que pudimos perdonarnos. Olvídate a mí si te hace falta para volver a quererme. Que no quiero perderte para siempre, no quiero perder el alma pequeña que me enseñó tanto.

Recuerda que yo sin ti no valgo nada. También tú me decías en tus ojos que yo lo era todo para ti. Todo. Recuerda, por favor, no te pido que leas las paredes, lee tu corazón. Déjate de tonterías. Deja de creer que tus recuerdos se pierden en la cal. Tus recuerdos están tan dentro de ti que no puedes encontrarlos.

El vuelo de la garnea es maravilloso. Desde abajo parece un abrazo. Parece que la garnea quisiera abrazar al mundo entero porque lo ama. Y a veces, a mediodía, su sombra parece abarcar medio mundo.

El niño vio un día un pajarito que se iba posando de árbol en árbol. Piaba como si estuviera alegre y buscaba algo. Sí, bajaba al suelo y picoteaba buscando algo.

El niño disfrutaba viendo al pajarito y se lamentaba por no haberse fijado antes en que cada tarde el pajarito acudía allí buscando algo.

¡Ojalá pudiera descubrir lo que buscaba para dárselo!

Un día el niño encontró un gusano, pero el pajarito no lo quiso. Otro día encontró una pajita para su nido, pero tampoco el pajarito buscaba aquello.

Entonces el niño le preguntó al sol qué buscaba el pajarito y vio en el cielo dos gaviotas que volaban juntas, sembrando nubes rosáceas que secaban las lágrimas arrojadas por el sol.

Cuando volvió el pajarito el niño le dijo que tal vez no podía darle lo que buscaba. El pajarito le miró a los ojos. Ya no piaba como si estuviera alegre. El niño lo levantó en la palma de su mano acercándose a los labios y le dio un beso. Sólo un beso; y le dijo que se fuera.

El pajarito nunca volvió, pero el niño dejó una piedrecita en el lugar donde un día dio un beso, sólo un beso, a un pajarito y después le dijo que se fuera.

Me trajisteis aquí y yo lo acepto. Me aislasteis del mundo y, aunque ya no puedo oler las rosas ni hablar con princesas de labios suaves, aunque todo lo que vea aquí sea fruto de mi imaginación, os lo agradezco.

Me trajisteis aquí y yo lo acepto. Hace mucho que me cansé de oír el ruido de la calle.

Querría escribir antes de irme, pues ya noto que me queda poco tiempo, el final de las historias que aquí empecé. Yo siento no haber podido terminarlas, pero el tiempo es el tiempo y existe, aunque yo haya tratado de destruirlo en mis paredes. Alguien vendrá y las terminará y las borrará de las paredes y dirá que son tuyas, que se las inventó él o que las encontró en una pared como algunos autores afirman haber encontrado manuscritos de donde sacaron sus historias, para darles un clima de leyenda, un clima de verdad, un soplo de falta de responsabilidad por lo escrito y de intento de modestia, haciendo parecer que ellos jamás habrían sido capaces de inventar tales historias sin aquestos manuscritos. A mí no me importará que se haga eso, siempre y cuando se

respete en mis historias la suave brisa de lirismo que acaricia cada una de sus letras.

Y por eso aquí os ofrezco el final de la historia del niño y del sol y de Andrea que escribía sobre ese niño y de Juan Romeu que escribía sobre Andrea:

Entonces el niño, sentado como siempre en el acantilado, con los pies colgando sin tocar nunca el mar, tomó una hoja, la sostuvo suavemente con una de sus manos y con la otra escribió con una letra segura y redonda: El poeta Juan Romeu dejó el bolígrafo sobre la mesa, fue reclinando dulcemente la cabeza sobre la última palabra que escribiría y, soltando un sencillo suspiro, murió dejando atrás miles de promesas y de versos.

El final de la historia de Pablo lo perdí en el bosque de mi memoria, cuando salí buscando personajes que conocer. Estaba escrito en un papel que espero alguien encuentre entre los árboles centenarios de aquel bosque sumido en sombra. Sospecho que Pablo superaba todas las pruebas de la inteligencia hasta comprender que aunque a veces ésta no dé la felicidad, sí te descubre la forma de conseguirla. Pero esto es sólo una hipótesis de un escritor viejo como soy yo ya, del que el escritor joven que fui se avergonzaría si lo viera demacrado y débil apoyado en una banqueta y asumiendo ya que está a punto de morirse.

Decidí quererte. Te había besado tantas veces sin quererte. Pensé sentado en mi banqueta y decidí quererte. ¡Qué lástima que ya no estés aquí para decírtelo, que sea demasiado tarde!

Decidí quererte y como ya no puedo lancé un suspiro del amor perdido para que quien lo escuchara decidiera querer a tiempo. Y el suspiro se escapó, no sé por dónde. Salió de la habitación buscando gente que se amara a tiempo, gente distinta a mí, que no le hacía falta decidirse a querer, porque directamente se quería.

–¿Te ha gustado lo que he escrito hoy, mamá?

—Sí, Andrea, mucho

Y después de decir esto ambas se quedaron calladas hasta que un pájaro cantó algo fuera. Entonces la madre dijo:

—Por cierto, Andrea, cuando papá murió, era de día; pero el sol no apareció por la ventana. Parecía como si alguien le hubiera dicho al sol que no viniera cuando muriera papá.

Andrea se quedó en silencio mirando al suelo sin comprender por qué le decía aquello su madre, y no dijo nada hasta el día siguiente. Sólo las estrellas parecían susurrar palabras de consuelo en aquella casa.

A veces, de repente, abre y vuelve a cerrar los ojos en menos de un segundo. Casi todos se flipan y dicen que es el resultado de sus esfuerzos por ver lo que ocurre a su alrededor. Pobres ilusos, no saben que lo único que hace la garnea es parpadear abriendo los ojos.

¿Por qué me besó? ¿No vio en mí al monstruo que vieron todos? ¿Por qué sus pétalos rozaron mi piel? ¿No notaron la piel de un monstruo? Quizás aquella chica quiso ser como la garnea y encontrar el verdadero amor más allá de los sentidos. ¿Y si un día vuelve con los ojos abiertos? ¿Y si un día descubre por qué estoy encerrado aquí?

¡Ay! Ahora que soy un monstruo me arrepiento de haber querido amar con los sentidos y no encontrar en la oscuridad del pecho el más bello secreto del ser humano. Ahora de nada ya me sirve, porque soy un monstruo.

No intentéis ser nunca como la garnea. Un día un niño quiso ser como ella, cerró los ojos y se cayó por un barranco.

Primero fue la garnea y mi querido Pepe Frijuana, más ausente de lo que debería por la ausencia de los versos; luego vino el niño y el sol y Andrea y yo, y luego Pablo. Todos unidos por la soledad terrible de la vida. Todos unidos para no estar solos.

Al llegar allí, Pablo vio algo en la distancia que se movía mucho. Mientras se acercaba vio a un cocodrilo que, de repente se transformaba en una jirafa y se ponía a comer hojas de los áboles más altos. Pablo le preguntó:

–¿Quién eres?

–No lo sé –respondió la jirafa que, poco a poco, iba disminuyendo de tamaño hasta transformarse en un niño igual que Pablo.

–¿Cómo que no lo sabes? Todos sabemos quiénes somos o al menos quiénes hemos sido, aunque nos empeñemos en escondernos de nosotros mismos.

–Ya, pero yo no puedo saber quién soy. Yo puedo ser quien quiera menos yo mismo. Yo me puedo transformar en cualquier ser que vea o imagine menos en mí mismo.

–Pero, ¿por qué no te imaginas a ti mismo?

–Porque no me acuerdo de cómo era la primera vez antes de transformarme en alguien y ni siquiera sé si ese alguien era yo realmente.

–Debe ser terrible no saber quién eres realmente, ¿no?

–Lo es, pero, ¿realmente la gente sabe quién es en verdad? ¿Tú sabes quién eres en verdad?

–Yo creo que sí. Soy un niño que se llama Pablo que ahora está metido en un mundo fantástico.

–Mira, Pablo, cuando te encuentres con un chico que se llama Juan, ese chico al que llevas persiguiendo durante todo tu viaje, ese chico misterioso que supera las pruebas antes que tú, cuando consigas alcanzarle, pregúntale quién eres y, seguramente él te hará ver lo equivocado que estás.

Pablo puso una cara muy rara y como vio que aquel extraño ser se callaba, se transformaba en águila y salía volando, él bajó los ojos y se puso a andar.

—Hija, estás enferma. Mañana no irás al colegio— le dijo su madre después de haberle dado un beso en la frente.

Andrea nunca había entendido cómo su madre era capaz de saber que tenía fiebre con sólo darle un beso en la frente. Por eso quería llegar a tener hijos para comprenderlo, aunque no se veía capaz de ser madre. Tenía el miedo al futuro que todo adolescente tiene. El miedo a lo desconocido.

—Vale, mamá. Me quedo en casa.

Aunque a Andrea le habría gustado ir al colegio al día siguiente, prefirió quedarse con su madre. Se dio cuenta de que nunca se había preguntado lo que hacía su madre cuando ella se iba al colegio.

Estoy muy agradecido a quien me dejó ciego aquella vez. Pude disfrutar del tiempo eterno, de la esencia de las cosas, de los olores, de la suavidad de los corazones. Llegué a ser feliz por no poder ver.

También agradecí que me devolvieran la vista. Sin ella había podido contemplar los secretos que los ojos intentan escondernos con los colores. Sin ella llegué a ser feliz. Pero algo me faltaba. El verdadero sentido de la vida es ser feliz con la vida, sin quitarle nada, ser feliz con todo lo que nos rodea, asumir la vida tal como es y sacarle el mayor partido sin dejar olvidado lo malo.

Fui ciego y fui feliz y hoy, aunque no lo parezca, aunque recuperé la vista para verme solo, os digo que soy la persona más feliz del mundo.